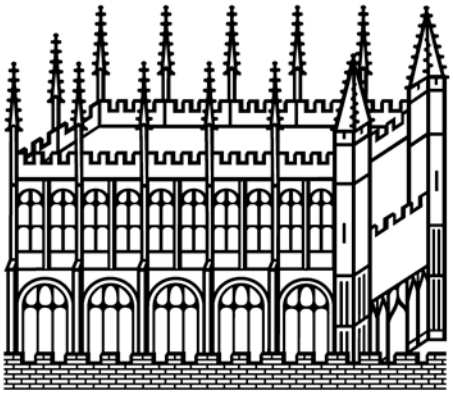


Bodleian Libraries

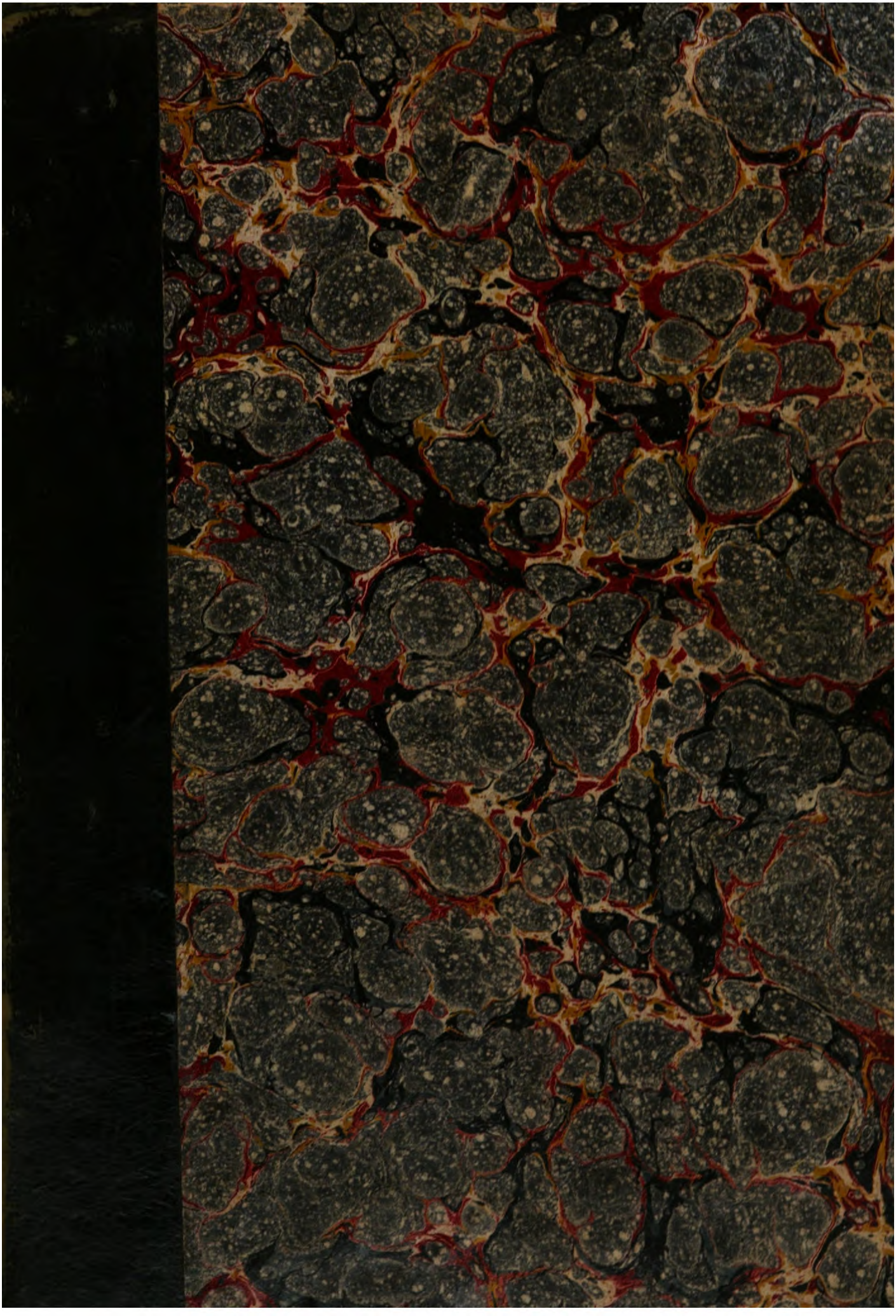
UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

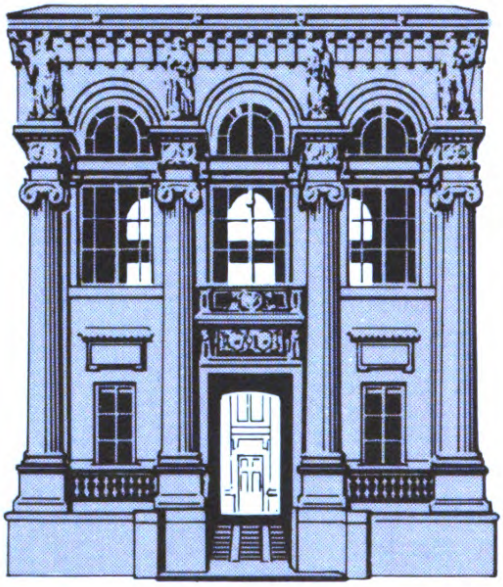
For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



TAYLOR
INSTITUTION
LIBRARY



ST. GILES · OXFORD

REP. LAT. 1872

~~FAF 2 VAL 12 11~~

300546493Y

EL CISNE BLANCO

VARGAS VILA

EL CISNE BLANCO

(Novela Psicológica)

1917

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, 166

BUENOS AIRES, Maucci Hermanos, Sarmiento, 1057 al 1065

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

OH! el divino sortilegio de las cosas del pasado;!...

cómo crece, cómo crece en su vaga idealidad;

lo recuerdo y me estremezco...

¡tan divino y tan lejano!...

. . . . . .

...yo, era un niño, melancólico y, huraño;

hijo único de grandes propietarios, raza de labradores adinerados, fué la mía;

por mi Madre, algo mas culta, mas refinada, mas intelectual;

algo de vibrátil y de extraviado había en esa raza de sensitivos, en la cual, los varones, habían dado pruebas de una violen-

cia irracional, casi llevada, hasta la demencia;

mi madre, era hija de un médico de la ciudad cercana, muy letrado, muy erudito, con una gran reputación de neurólogo, y, entregado con pasión al estudio de las enfermedades mentales;

maniaco, y estrafalario hasta el ridículo, escapaba de este, por la violencia impetuosa de su carácter, legendaria en todos los de su raza, la cual extendía uno como halo de horror, sobre todos los que llevábamos su nombre...

uno de sus hermanos había muerto loco;

otro, había tenido que huir del país, perseguido por haber matado en duelo a un rival suyo;

él, se dedicaba también al asesinato, pero, con patente, y, mediante las drogas y, el bisturí, únicas armas que usaba;

en su pueblo había crónicas horribles, sobre aquel médico medio loco, al cual todo el mundo creía brujo, a causa del misterio en que vivía y, de las curaciones, a veces maravillosas, que efectuaba;

tan alto gritaron las crónicas, que la autoridad, se conmovió, y ordenó un registro en su domicilio;

el viejo maniaco, se negó a aceptarlo;

se encerró, se murió, se armó, hizo de su casa un fuerte, desde el cual disparaba tiros, a todo el que se acercaba con intención de violar su domicilio...

no se le pudo rendir por hambre porque vecinos cariñosos, le hacían llegar por los solares, alimentos para él, y, para mi madre, que era entonces una niña;

al fin la fuerza armada, entró en el edificio, por las tapias de un jardín, y, aunque el viejo se defendió, fué agarrotado y, reducido a la impotencia;

la autoridad, no halló en la casa, nada que fuera delictuoso, sino los útiles necesarios para las indagaciones de un sabio: retortas, morteros, hornillos, una cantidad infinita de libros y de materias químicas;

pero, como la autoridad, no quería darse por vencida, se incautó de infinidad de cráneos, catalogados, numerados y anotados, que el célebre neurópata, tenía, en su laboratorio;

se le acusó de violación de sepulturas, y, de resistencia a la autoridad;

como logró probar que los cráneos los había adquirido de estudiantes de medicina, que se interesaban en sus descubrimientos, y, se los enviaban de los hospitales, después de estudiados en los anfiteatros, y, amparándose en la inviolabilidad del hogar, expuso las razones que había tenido para oponerse a su violación, fué absuelto, con grande aplauso, del mundo científico, que se interesaba por él;

pero, salió de esta prueba, más loco, y, más violento, que nunca;

se encerró por completo en su laboratorio y, se puso a anotar sus observaciones, después de haber publicado un aviso, en la prensa ofreciendo una prima de cinco mil francos, al que le trajera el cerebro del Inspector de Policía, que había asaltado su casa, para analizarlo; y, juraba, que nadie encontraría, ese órgano vital, en el cráneo policiaco;

eso, le ocasionó un nuevo proceso, que fué sobreseido por creer la autoridad, mentalmente irresponsable al acusado;

este no se ocupaba ya sino de escribir, y acopiaba notas sobre notas, en volúmenes manuscritos, que después de su muerte, fueron ardidos por sugestión del cura de la parroquia, que los declaró heréticos, como escritos por un hombre que había muerto sin confesión;

mi madre, hija única, huérfana al nacer, había crecido solitaria, al lado de aquel maniaco violento, en esa soledad, rodeada únicamente de libros y, de esqueletos, siendo, como una momia más en aquella lúgubre mansión;

su padre, la amaba, como suelen amar los sabios: como un apéndice, a veces estorboso, de sus meditaciones;

las almas afectivas, son siempre almas simples, desprovistas de un grande Ideal;

los hombres superiores, no aman a ciertos seres que les son queridos, sino como una parte, o una sombra de su propio Ideal,

a ese Ideal, se sacrifica, y sacrifican a los otros;

ningún verdadero grande hombre, ha sido un hombre de afectos;

mi abuelo, que amaba mucho los muertos, se ocupaba muy poco de los vivos.

inclinado sobre los libros y los cráneos, buscando las circunvoluciones del cerebro de los otros, no se apercibía de cómo se extraviaba gradualmente el suyo;

y, por buscar como había perdido el juicio los demás, acabó por perder absolutamente el suyo;

y, murió loco por completo y dejando una gran fortuna;

porque durante muchos años, nadie se murió en la ciudad, y, los pueblos circunvecinos, que no fuera con la tarjeta de defunción firmada por él, y, sin duda a causa de él;

la reputación de los grandes médicos, como la de los grandes capitanes, se mide por los muertos que han hecho;

la de mi abuelo, era una especie de monolito asirio, formado por los cráneos de sus víctimas;

era un Napoleón de las pócimas, que un día, ya loco y sin duda por haberse recetado a sí mismo, se murió sin saber por qué habían muerto los demás;

y, sospecho que al entrar al cementerio

no hubo muerto que no lo saludara, agradecido a la Paz Eterna, de que disputaba a causa de él;

sus papeles y sus libros, quedaron abandonados con mi madre, en el viejo caserón, poblado de fantasmas;

los libros llenos de notas, y, mi madre, llena de billetes de banco;

bella, de una belleza frágil y extraña; una belleza que se diría trágica sin la apaciguante luz de los ojos tiernos y misericordiosos, entristecidos, por algo inexplicable, como la sombra de alas invisibles; alas de visiones inasibles;... era mi madre...

bella, bajo su cabellera opulenta de un color castaño de carey, con hebrazones de oro, como ciertas cabelleras, pintadas por Ticiano; los ojos grises nórdicos, como hechos de brumas y de espumas, ojos de ensoñación; el talle esbelto, que la maternidad, no deformó después; y, la boca... aquella boca de labios fuertes y rojos, como una herida, en la cual, los dientes blancos y parejos, semejaban, flores de azahar, caídas sobre una entraña desnuda;

bella era mi madre, bella y, melancólica, como hecha de mansedumbres y de inquietudes, trabajada por fuerzas ancestrales y lejanas, pero, sometida y suave, como una esposa bíblica...

toda la violencia de sus antecesores, se resolvía en ella, en una mansedumbre inerme, una resignación de oveja, una abulia enfermiza, que era como una fatiga y, un abandono voluntario de su personalidad en brazos de la vida;

debía haber algo de hebreo en la raza de mi madre, sus facciones eran de tal manera semíticas, que cuando yo hojeaba la Biblia, sobre sus rodillas, me veía obligado a alzar la vista para mirarla, constantemente, tanto así le hallaba de semejanza, con las mujeres que había en los grabados del texto;

había una Ruth, admirable de candor, que se le parecía enormemente;

ello, es, que mi padre, rico agricultor, hijo de grandes propietarios, la vió, se prendó de ella, y, la hizo su esposa;

sus dos juventudes, y, sus dos fortunas se juntaron;

y, de ese matrimonio, nací yo;

fuí hijo único, porque mi madre, enfermó tan gravemente de ese alumbramiento, que ya no volvió a concebir;

su temperamento impresionable y, fantástico, sufrió mucho de esa infecundidad, porque su gran deseo, era tener una niña, que se le pareciese y le hiciese compañía;

defraudada en esa esperanza se dedicó única y apasionadamente, a mí, a cuidarme, a mimarme, a velar por mí, con un celo enfermizo y, exagerado;

y, yo, que debía ser el lazo de unión entre ellos, me hice por el contrario, el motivo de sus únicas disputas;

porque mi padre deseaba que se me educase de otra manera, con una mayor severidad;

y, mi madre, tan dulce, tan silenciosa, tan sometida, era la única vez que se incomodaba, que discutía, que hacía acto de personalidad, cuando de mí, se trataba;

y, mi padre, que la amaba mucho, por evitar disgustos con ella, la dejaba hacer;

y, yo crecí así, sobre el seno de mi madre,

inseparable de ella, bajo el encanto lenitivo y pacífico de sus caricias, absorbiendo sus neurosis, intoxicándome de ellas, como de un filtro delicioso y fatal;

niño débil y enfermizo, extrañamente soñador y melancólico como mi madre, mi crecimiento era lento; el sol y el aire no alcanzaban a fortalecerme, y, prematuramente enfermo del mal de pensar, era con frecuencia, atacado de crisis extrañas, que perjudicaban el desarrollo de mi vida física;

el morbo de la sensibilidad extraordinaria, que se resolvía casi siempre, en verdaderos accesos de violencia, trabajaba mi organismo;

una tristeza extraña, que acaso era hereditaria, se apoderaba de mí, y, me sucedía, llorar sin causa y sin descanso, sobre el seno de mi madre, que ella también lloraba, como abrumada por dolores sin nombre, por el ensueño de quién sabe qué imposibles realizaciones...

ella, no acertaba a consolarme, ni podía consolarse, y, así, veíamos llegar la noche, y avanzar sobre nosotros abrazados temblorosos, miedosos de algo indefinible, que no

estaba fuera de nosotros, sino acaso en nuestro propio corazón, y, gritaba lamentablemente, y, lloraba con nuestras propias lágrimas;

¿por qué llorábamos ambos?

¿qué o quién lloraba en nosotros?

sobre los prados de un verde cambiante, de metal oxidado, negro a veces, allí donde la rosa había pasado, paseaba mis tristezas infantiles, y mis dolores imaginarios, en una especie de sonambulismo, que la prematura actividad cerebral, hacía lúcido y, de un encanto dulce y misterioso;

me detenía a contemplar los rosales, acariciándolos sin desflorarlos, y, como atraído por su encanto, me acostaba a su sombra, como si fuese un silfo prisionero de sus ramajes, y, así tendido bajo ellos, gozaba en aspirar sus perfumes con una voluptuosidad que extremecía mis carnes vírgenes, saturadas de olores, y, sentía el amor de sus flores, un amor fraternal el mismo que empezaba ya a sentir por todas las cosas bellas, que se revelaban poco a poco, a mis ojos sorprendidos;

amaba el silencio, la soledad, el claro obs-

curo de los bosques, y, el negro bituminoso de las lagunas dormidas;

amaba las estrellas tan lejanas, y, los pájaros tan esquivos...

ondas de un amor inquieto surgían en mi y, se extendían sobre todas las cosas circunstantes, llenas a mis ojos, de una alma atractiva y profunda;

la suave monotonía de la casa, se me hacía intolerable, y, aprovechando cualquier descuido de mi madre o de las criadas que me cuidaban, saltaba las rejas del jardín y, ganaba el campo;

vagaba por él, horas enteras, errando a la aventura, prestando oído atento a los ruidos dispersos, que eran nuevos para mí, el murmullo del viento en los follajes, el rumor límpido del agua, corriendo por entre cauces de guijarros; todo hablaba en mi corazón; y, mi corazón hablaba con todo, amablemente, fraternalmente en la cándida simplicidad de un diálogo franciscano;

gozaba en ver florecer los bosques por cuya espesura, tenía senderos preferidos, para perderme, para melancolizar con mi

alma enferma de niño, a penas entrado en el uso de la razón, aquellos parajes de soledad y de belleza, donde todo parecía cantar para mí, que era su Amo, el heredero de ese vasto y, patriarcal dominio;

dado a inquirir y, a raciocinar, amaba sorprender los gestos de la Naturaleza, cada uno de los cuales, era una revelación para mí, revelación que tenía todo el encanto de un secreto violado... secreto que sorprendía en la copa glauca de los arbustos, en el corazón bermejo de las flores, y, en las altas copas de los árboles, que parecían inmóviles bajo el aire;...

el secreto de los nidos me atraía, con una terrible inquietud, como si mi alma virgen presintiese, la realización del amor bajo las alas férvidas;

era un encanto de mi naciente voluptuosidad, acostarme de cara al sol, entre los trigales blondos, cuyas espigas erectas, me parecían unos niños inquietos como yo, que la brisa hacía oscilar con la suavidad de una caricia maternal;

las rondas errantes de las nubes, atraían mis ojos, que no se fatigaban de mirarlas, siguiéndolas en su vuelo vagabundo, hasta verlas esfumarse o perderse en las lejanías de los cielos inmóviles, indiferentes a aquella procesión de ensueños;

perdíame a veces entre los pinares espesos, donde la sombra hecha densa, me hablaba grandes cosas, revelándome las magnificencias del Silencio, que el golpe del hacha interrumpía a veces, como un presentimiento, de próximas desolaciones;

miedos extraños me asaltaban a veces ante aquella soledad, y, regresaba a la casa hosco y taciturno, cuando no regresaba cabizbajo traído por algún sirviente enviado en mi busca;

mi madre, ocultaba cuidadosamente, a mi padre, estas escapadas, por que él, como todas las naturalezas incultas y, primitivas no sabía de otras soluciones que las del rigor;

tal vez mi padre no era malo, sino brusco, imbuído de la absurda teoría de la patria potestad, tal, como la establecen todas las

religiones en sus códigos de esclavitud, desde la Biblia, hasta nuestros días;

el principio de autoridad, que es el alma de toda tiranía, hace de las almas incultas, como la de mi padre, esos déspotas domésticos, irresponsables en el fondo, que son el primer despotismo que encontramos en la vida, precediendo a los de la Sociedad y del Estado, que han de dominar y devorar nuestra vida toda;

mi padre, me amaba, pero, como aman la generalidad de los padres, que no aman en los hijos, sino un pedazo de carne esclava, que es suya, y, la cual tienen no solo el derecho, sino el deber de modelar a su manera, imponiéndole sus dioses, sus leyes, sus costumbres, y hasta sus caprichos como suprema ley, cual si no fuera bastante haberles impuesto el dolor de la vida, y, dádoles como herencia ineludible, los atavismos de su raza, los virus de su temperamento, y, hasta los vicios vergonzosos de su sangre;

así, me amaba mi padre, y, sufría tal vez, de no hallar en mí la ciega docilidad que él deseaba, culpando a los mimos y ternuras

de mi madre, de lo que él llamaba mis caprichos, y mi mal carácter;

sospecho, que no me hallaba bastante tierno y cariñoso con él, y, sufrir de un celo oculto, por el amor ciego y apasionado que yo tenía por mi madre, y, ella tenía por mí;

ello es, que aun amándome, me trataba con una severidad, que extremaba en ocasiones, creyendo así, remediar el mal que según él, mi madre hacía con el exceso de su cariño;

una tarde, un ímpetu loco de andar me poseyó; me alejé de la casa hasta perderla de vista; puse entre ella y, yo, el velo oro y gualda de los cañaverales, me interné en los campos, llenos de una espléndida verdura, sobre la cual la muerte del crepúsculo hacía manchas violetas, orlando de un ocre moribundo, las copas de los cipreses lejanos...

había llovido en la tarde y, las hierbas aromáticas, húmedas aún, exhalaban olores deliciosos, de su vegetación fresca, que era ella sola una caricia suave;

aquella expansión de silencio y, de perfumes, me atrajo, hacia un bosquecillo de

abetos, a cuya sombra hospitalaria me tendí en el suelo, acariciado por los reflejos del cielo, hecho candidísimo en la delicuescencia de la luz, oyendo el rumor suave de una fuente cercana, que reflejaba en su mansedumbre las nubes fugitivas y, les cantaba con el correr de sus olas, un adiós de melancolía;

bajo el sortilegio de la hora, llena de encantos y de molicie, mis ojos se cerraron lentamente, y, me quedé dormido;

¿cuántas horas estuve allí?

yo, no lo sé... debieron ser muchas;

desperté a los golpes repetidos que me herían;

eran los pies de mi padre, que me propinaban golpe, tras de golpe, como a una bestia;

su mano ruda, me tomó por una oreja, forzándome a ponerme de pie, gritando de dolor;

aturdido, sin saber explicarme qué falta había cometido, ni por qué se me castigaba tan rudamente, miré a mi padre con rencor, y, la imagen odiosa de la Tiranía, se apa-

reció por primera vez a mi alma, con caracteres bastantes fuertes, para odiarla toda mi vida;

sin palabras, volvimos a la casa, en un silencio hostil, turbados sin duda por sentimientos diversos, que callaban para no estallar en reproches;

sospecho que mi padre sentía haberse dejado llevar de su brutalidad nativa, hasta herirme con crueldad, y, yo, no le perdonaba esa brutalidad;

él, marchaba adelante, por el sendero estrecho;

proyectaba su sombra sobre mí; y, esa sombra, me era odiosa; trataba de caminar por los lados del sendero, para no sufrirla; y, mis puños crispados se tendían hacia él, en un deseo loco de venganza;

ya muy cerca de la casa, hallamos a mi madre, que seguida de dos sirvientas, venia en busca nuestra;

mi padre, le contó lo sucedido con palabras bruscas, y, amargos reproches, hacia mí, que tenían sin duda, el designio de intimidarme;

mi madre, no acabó de oirlo, vino a mí,

me estrechó en sus brazos, y, presa de una verdadera crisis nerviosa, sollozaba alto, tan-alto, que los arbustos durmientes, los rosales enflorados, y, la estéril pureza de la noche, parecían llevar sus gritos, hasta la luna surgiente;

mi padre, ensayaba consolarla, quería calmarla, pero, no lograba obtenerlo, y, entonces prorrumpía en reproches, y, la culpaba de ser ella, la causa de todo, por la pésima educación que me daba, la cual hacía de mí, un niño voluntarioso e intolerable;

ella, en su rencor silencioso, lo oía sin responderle, llevándome de la mano, enjugando sus lágrimas y, las mías, besándome a intervalos, con esa armonía de gestos que era en ella como una música lenta...

cuando llegamos a la casa y, me desnudaron, se vió que mis vestidos habían absorbido toda la humedad del rocío y la de la hierba y, estaban empapados como si hubiesen sido sumergidos en el río;

me secaron, me friccionaron con alcohol, y me pusieron en el lecho;

me dormí profundamente;

al día siguiente, no pude alzarme; la cabeza me dolía y, la fiebre me agobiaba;

por primera vez, un médico apareció a la cabecera de mi lecho;

era un viejo Galeno, contemporáneo de mi abuelo y, su amigo, que conocía a mi madre desde niña, y, el cual diagnosticó una neumonía;

la angustia de mi madre, no tuvo límites;

jamás me había visto enfermo de gravedad, y, atribuía a mi padre toda mi enfermedad:

—Tú lo has matado,—le decía como si yo estuviese ya muerto;

él, se disculpaba, sin alcanzar a ocultar su azoramiento;

mi madre, no volvió a salir de mi dormitorio, y, puede decirse que de mi lecho;

allí comía, allí dormía, allí pasaba las horas, mirando mi rostro, espiando el curso de la enfermedad, aplicándome el termómetro para ver los grados de la fiebre, y, solo se apartaba, para rezar unos minutos, en un altar que había improvisado en un ángulo del aposento;

mi padre venía, apenas sus quehaceres le

daban lugar para ello, me pulsaba, ponía su mano en mi frente, me hacía preguntas;

yo, no le respondía sino por algún monosílabo displicente, cerraba los ojos, y, me fingía dormido;

¿leía él mi rencor, en esos ojos, que la fiebre hacía aún más brillantes?

me besaba sin obtener de mí, una devolución de sus caricias;

en cambio, no acertaba a separarme un momento de mi madre, sediento de sus besos, hambriento de sus caricias;

bastaba que ella me fingiese enojo, para que yo tomase todas las medicinas, por repugnantes que ellas fuesen.

en las noches, su seno era mi almohada y, abrazado a ella me dormía;

horas enteras permanecía inmóvil, para no despertarme;

en vano mi padre, la requería cariñosamente, para que saliera un momento a tomar el aire, y diese siquiera un paseo por el jardín, respirando otra atmósfera, que la de aquella cámara de enfermo;

nada obtenía;

y, él, temiendo molestarla, no insistía;

al fin, después de quince días, se inició la mejoría, y, al mes, pude dejar el lecho;

la convalecencia fué lenta y, me parecieron innumerables aquellas horas y, aquellos días monótonos, de los cuales, solo los ojos de mi madre, alumbraban la insoportable soledad...

mi grande alegría, no fué sino después, cuando pude ya, ir fuera de la casa, y, llegar hasta el jardín, que no había visto en esos días, sino a través de los cristales de la ventana, como un manto violeta bordado de estrellas multicolores;

el sol espléndido, me besó de nuevo, y, yo, besé con pasión mórbida, las rosas mis hermanas algunas de las cuales, se deshojaban a mis besos, como en una ebriedad de melancolía;

mi enfermedad, me volvió mi libertad;

mi padre, feliz de ver que no me había matado, como había dicho mi madre, no se preocupó ya más de mis paseos, y, yo pude, volver, a romantizar bajo los árboles en el jardín adorante, sobre las hojas muertas que

tremaban a mi paso, a la sombra de los rosales que blanqueaban sobre mí, cubriéndome a veces con sus pétalos, como con un manto de escarchas, en el silencio que engrandecía la pompa vegetal...

perambulé en llanos y, en bosques, y, extendí mis extensiones hasta los límites de nuestro predio fronterizo con las aldeas cercanas...

vagabundo, soñador y melancólico...

amando las torturas secretas que ya lastimaban mi corazón...

sintiendo avanzar la vida como un fantasma, y tal vez como un verdugo, sobre ese mundo tan bello, de flores de perfumes y de luz...

*

Las turbulencias de la pubertad, se anunciaron prematuras en mí, y, con una rara violencia;

como en todos los cerebrales y los emotivos, el despertar de mis sentidos, era acompañado de una vaga e inexplicable sensualidad;

mi Yo, cerebral, se hacía ya, un Yo, sensual, antes de saber lo que era el sensualismo...

era el caso absurdo, de sentir, los síntomas de la embriaguez, antes de apurar el vino, y, con solo olfatear, las vides lejanas, que habían de producirlo;

enormemente sensible, la visión de la vida, tomaba a mis ojos, el color y el calor de la pasión;

yo, no podía ver la vida, indiferentemente; la amaba ya, apasionadamente, pero, por lo que la vida, podía dar a mi espiritualidad, ya muy aguda, y, a mi sensualidad, que se anunciaba ya, amenazante, como una nube tormentosa;

mi cuerpo, era, aún, puro, como un lirio;

sólo mi pensamiento aparecía turbado, como un remanso de aguas vírgenes, sobre las cuales se proyectan una extraña sombra de alas;

había del Dolor en mí;

un dolor, excéntrico y trivial, que sin embargo, me hacía sufrir mucho;

¿de dónde venía ese dolor?

¿del conocimiento de la vida?

no: de su ignorancia;

ignorar la vida, es, una de las maneras, más crueles de sufrirla;

mis tristezas no eran las misantropías corrompidas de los niños prematuramente ini-

ciados en vicios insuficientes, eran en parte, tristezas metafísicas, y en parte tristezas netamente físicas, nacidas de un presentimiento de voluptuosidades no gozadas todavía;

mi alma entraba en la vida, rebelde a la ceguera que la envolvía en sombras, y, hacía esfuerzos por desgarrar su venda;

la efigie de mí mismo se me aparecía como incompleta, y, hacía esfuerzos desesperados por completarla, sin saber fijamente, qué era aquello que le faltaba;

el receptáculo de mis sensaciones, era demasiado amplio para las excasas que llenaban mi niñez; y, para aquellas que debía colmarlo, no había sonado aun la hora de llegar;

lecturas ácimas, o de una sentimentalidad enfermiza y morbosa, aguijoneaban mis instintos, sin llegar a encaminarlos;

el primer libro de amor, que leí, fué la Graziela, de Lamartine;

me intoxiqué de su falso romanticismo, y, el vaho de corrupción verdadera, que se escapaba, de sentimientos más voraces que los instintos, penetró en mí, envenenando mi

corazón, con un residuo de sentimentalidad, que en el fondo no era sino una sensualidad cobarde, que no tenía el valor de mostrarse ni de nombrarse;

mis ensueños se tiñeron de esa sentimentalidad y, tomaron ya, formas de mujer;

y, yo, veía esa vaga visión, en todas partes, voloteando en los cortinajes de mi lecho, reflejándose en las ondas turbias del río que rodaba entre zarzales, dibujada en los cielos remotos sobre la apoteosis cambiante de las nubes, refugiada en las pupilas tan puras de mi madre, y, en mis propias pupilas, involuntariamente arrasadas de lágrimas;

mis noches, eran aun puras, pero, no eran ya tranquilas;

la literatura sentimental de Lamartine, su sensualismo larvado, me había envenenado y buscaba a tientas la condensación de mis sueños, que se hacían turbulentos, y, al perseguirlos, se desvanecían como fantasmas;

así llegué a los catorce años, y la crisis de mi adolescencia, fué completa;

aislado de los otros niños de mi edad,

durante mi niñez, había crecido solo, sin amigos y sin confidentes;

hecho adolescente, continué en vivir solo, sin confidentes de las grandes crisis, físicas y morales, que se operaban en mí;

el Instinto, más poderoso que todas las lecturas, me había revelado el secreto de los sexos, y, la mujer, era ya a mis ojos, el Enigma inviolado, y encantador, en cuyos labios duerme, el Secreto de la Vida;

mi padre, presintiendo estas crisis, se preocupaba de mi aspecto y, mis hábitos de adolescente, solitario y, soñador lo inquietaban grandemente;

los maestros que de la aldea vecina y aún de la ciudad lejana, venían diaria o semanalmente, a darme lecciones, se mostraban encantados de mis disposiciones admirables para el estudio y, declaraban a mi padre, que agotados sus programas, era ya tiempo de dedicarme a estudios superiores y orientarme definitivamente hacia una carrera;

este, pensaba con ellos, y, era su designio enviarme a un colegio, en la capital de la

provincia, pero mi madre, se oponía tenazmente, y, él, para no violentarla, aplazaba indefinidamente su proyecto;

yo, aprovechaba esta disidencia, para dar rienda suelta a mis fantasías, y, aplacar con largos ejercicios, baños y cacerías los ímpetus de mis nacientes turbulencias sexuales;

la simplicidad primitiva comenzaba a huir de mis ensueños, y, los albores de una complicada psicología, venía a substituírla;

suave y misterioso, pero imperativo, el instinto sexual, me aguijoneaba sin piedad;

los besos, tan amados, de mi madre, no me bastaban ya, y sentía el anhelo de otros besos, que vinieran de otro amor;

ya no miraba las mujeres con ojos de niño, las miraba con ojos de varón y, adivinaba en ellas, tesoros ocultos hasta entonces, a mis cándidos ojos sin malicia;

la violencia atávica aparecía en mi carácter, dominando todas mis sensaciones y, todas mis acciones, esa violencia ancestral, que había hecho de los hombres de mi raza materna, seres anormales y brutales, osci-

lando perpetuamente, entre el crimen y la locura;

toda resistencia a mis caprichos me exasperaba hasta el paroxismo;

la de mi padre me sumía en cóleras silenciosas, que el temor encadenaba;

el servicio no las oponía nunca plegándose a mis menores deseos;

y, el Déspota, que había en mí, engrandecía en libertad, como un lobezno en la selva;

los campesinos de los alrededores, no sabían sino complacerme extremando la obediencia hasta la servilidad;

¿no era yo, el hijo de su Amo, de su Señor, de aquel que privándolos de trabajo podía privarlos de alimento?

nuestros eran los campos que cultivaban y las chozas en que vivían, nuestros sus brazos y, sus vidas por eso los viejos fingían amarme, los más jóvenes me acompañaban en mis cacerías y, los más audaces me contaban cosas de amor...

por esas confidencias supe como se reali-

zaba el acto del amor, y, el misterio de los sexos me fué revelado...

y, ya no supe orientarme sino hacia su realización;...

. . . . . .

. . . . . .

...¡Oh! el divino candor de la tarde, semejante a una blanca novicia, hecha roja ante un beso de amor...

¡oh! el fulgor de la tarde muriente...

orofilias muy densas se unían al azul implacable, diríase, un templo de lápiz-lazuli, bajo una cúpula de oro pálido, por cuyas ojivas penetraba la luz: mórbidamente;

un pelícano rojo y gualda, era el Sol que en los cielos se moría...

daba su corazón a devorar a la Tierra;... su corazón de llamas;

pasaba el aire del campo perfumado, con olor de epitalamios...

el aire de los nardos vecinos, embalsamaba la atmósfera, la hacía capciosa y violenta, como un seno de mujer...

esos olores me turbaban, me exasperaban,

me hacían triste, de una tristeza inexplicable y mala;

vagabundo y taciturno llegué a la orilla del río;

¡era bello el paisaje fluvial!...

el alma de las aguas era musical, y, murmuraba cánticos en los juncos ribereños sobre cuyas flores cándidas, se enredaban girones de niebla, como adornos de gasa, en las cabezas de un coro de efebos, en fiestas dionisiacas;

todo eran perfumes y rumores, sobre las olas del río, y en las penumbras cercanas, llenas de una paz beatífica de égloga;

una voz vibraba, en el silencio armonioso de las cosas circunstantes;

¿era la flauta de un zagal?

¿era el gorjeo de un pájaro?

aparté los ramajes, que me ocultaban la plena visión de las riberas del río, y, en la orilla, muy cerca a mí, en un remanso azuloso, inclinada sobre las aguas, vi una niña, que no era aun una mujer, pero estaba muy próxima a serlo;

lavaba, y, cantaba...

su voz era clara, cristalina, se diría un diluvio de perlas melódicas, esparcidas en el aire...

las cadencias de aquella pastoral, se unían a las del agua rumorosa, cual si fuesen la voz de dos almas gemelas, fundiéndose en una sola, para cantar la aspiración de un mismo sueño...

y, rodaban sobre el río, y penetraban en los juncales vecinos, donde los ninfeos graciles, parecían inclinarse sobre las olas para recoger sus melodías...

el ritornelo de la canción, se alzaba en un trémolo apasionado, cuando decía:

por un beso de tu boca
daría yo mi vida entera...

el grito de pasión, parecía hacer inclinar los abetos adolescentes, y detener el vuelo de los pájaros, sobre los árboles extáticos;

me acerqué un poco más, para ver aquella que cantaba...

era Rita, la hija de unos labriegos, arren-

datarios nuestros, que cultivaban un predio cercano;

bella, en su belleza fuerte y carnosa, de doncella apenas entrada en la nubilidad;

inclinada sobre el lavadero, sus formas se pronunciaban altaneras, en toda su opulencia;

el seno, ya en desarrollo, dejaba adivinar los dos globos de alabastro, cuyo nacimiento se veía, por el jubón entreabierto, hacia la garganta recia, cruzada de venas azulosas...

los brazos fuertes golpeaban la ropa y, hacían balancear los pechos nacientes como los botones de un rosal; a ese movimiento las caderas prominentes, se movían en un ritmo de sensualidad, embriagadora;

la lascivia, no estaba en ella, estaba en mí, que la devoraba con los ojos;

verdaderos escalofríos de fiebre me asaltaban, temblaba de los pies a la cabeza, la sangre me circulaba como si fuese fuego por las venas, me sentía ahogar, me habría sido imposible hablar si hubiese tenido necesidad de ello;

voluntarioso y brutal, inexperto en cosas de amor, y, sin valor para decirla nada, me

arrojé traidora y violentamente sobre ella y la besé en la nuca y en las mejillas, buscándole la boca;

sorprendida dió un grito, y, volviéndose hacia mí, me rechazó violentamente;

yo, volví sobre ella, y, entablamos una lucha de bestias, sobre la arena; yo, por poseerla, ella por rechazarme; se debatía furiosa bajo mi cuerpo, y me hería con los pies, y con las manos;

furioso ante su obstinación, en lucha cuerpo a cuerpo con ella, mi arrebato sexual se extinguió y la violencia, la terrible violencia de mi raza asesina, nubló mi cerebro e hizo hervir la sangre de mis venas; miré la mujer con una furia de tigre; ya no pensé en gozarla, sino en matarla...

le puse una rodilla sobre el pecho, y, le clavé los dedos en la garganta, como garras;

dejó de defenderse, dejó de gritar, sus brazos inertes cayeron sobre la arena, se hizo roja hasta los cabellos, y, sus ojos desorbitados pedían misericordia...

iba a morir...

feliz de verla perecer bajo mis manos, me

preparaba a ultimarla, cuando me sentí tomado por el cuello y por los cabellos, arrojado por tierra, y, herido brutalmente a puntapies;

era mi padre, que atraído por los gritos de la niña, había llegado, justamente a tiempo para salvarla; viéndome en tierra me hería con los pies, como se acosa a un perro, como se aplasta a una serpiente...

estaba lívido y furioso;

logré ponerme en pie, y, con los puños crispados, lo miré amenazante, pronto a lanzarme sobre él;

de un golpe de su bastón caí en el suelo;

campesinos que llegaron entonces, me recogieron bañado en sangre, y, me llevaron a casa;

renuncio a describir el dolor de mi madre;

cayó enferma de pena;

y, no se levantó del lecho, sino para oir la Inexorable Sentencia: yo debía partir para el colegio;

y, así, enferma, agobiada de pena, se vió obligada a preparar mi equipaje, porque mi

padre, el amo implacable, había decretado mi exilio;

con enojo, y, casi sin tristeza, vi aquellas preparativos de viaje;

sólo un gran dolor me poseía; el de abandonar a mi madre;

ella, era todo mi amor...

y, aquella mañana, en que la besé para dejarla, sentí que mi alma quedaba prisionera entre sus labios y en su corazón;

y, por primera vez, lloré de un verdadero dolor;

y, hosco, taciturno, seguí a mi padre, que iba a caballo, adelante; el sol naciente, hacía que su sombra se proyectase sobre mí; y, yo sentía aquella sombra oprimirme y, pesar como una cosa viva, sobre mi corazón;

ya en el colegio, entregado a los maestros, que debían completar mi educación, vi partir a mi padre sin emoción, y, vi no sin placer, que mi indiferencia lo afectaba profundamente;

y, entré a los claustros del colegio como quien entra a una prisión;

libre de la autoridad de mi padre, que

era un yugo, vi esta nueva autoridad, que se alzaba como otro yugo sobre mi cabeza;

comprendí que no había hecho sino cambiar de esclavitud...

y, la odié con todo mi corazón.

*

La Vida, se me apareció ya, en su verdadero valor dramático, en lo que ella es en sí: *la Tragedia del Yo;*

del *Yo*, acechado por todas partes, por fuerzas convergentes, empeñadas en eliminarlo absorviéndolo;

el duelo formidable, entre el *Todos* y, el *Yo;*

entre los hombres, y, el *Hombre;*

entre la *Especie* y el *Individuo;*

lucha en la cual, los débiles, caen casi sin combatir, y, los fuertes son los vencedores;

la victoria del *Yo*, sobre *Todos*, está, no

en eliminar el Monstruo Colectivo, empresa superior a toda fuerza, sino en no sumarse en él, imponerse a él, y, dominarlo...

no desaparecer en el *Todo;*

sino sumar el *Todo*, en *Uno;*

imponer su *Yo*, a la Vida y a la Especie;

dominarlas y no sufrirlas;

esas teorías, que eran más bien sentimientos vagos, antes de hacerse ideas y, que venían de mi temperamento más que de mi cerebro, no pudiendo aún hacer de mí un dominador, hacían un aislado, y, así lo fuí, hosco y meditativo desde mi entrada en los claustros del colegio;

los Padres Redentoristas, que eran los directores de aquel Instituto, adivinaron pronto mi carácter, y, se pusieron en expectativa, dispuestos a combatirlo y a domarlo; lo presintieron por intuición, por viejo hábito de corruptores y dominadores de niños;

su larga práctica de verdugos de la infancia, los hacía hábiles, en eso de conocer los temperamentos bastantes fuertes para resistir a la intoxicación mental, pero, desde luego, por mero instinto, ajeno a toda aper-

cepción psicológica, y, a toda comprensión científica, de los verdaderos estados de alma inherentes al hombre;

educadores rutinarios y protocolarios, no se preocupaban, sino de educar almas para su Dios, siervos para su Iglesia, y, torpemente politiqueantes, hombres para su partido: el Partido Católico;

mucha Religión, mucha Teología, conferencias, retiros espirituales, confesiones, comuniones de regla, y, todo un arsenal de fiestas de idolatría;...

rezar, parecía ser el objetivo de ese Colegio; estudiar, era lo segundo y, menos interesante;

yo, habituado a la libertad de los campos, a la mesa opulenta, al calor del seno maternal, me sentí allí, solo, tan solo, que creí morir de coraje y de pena;

mi prisión, no era la de un jilguero, era la de un pichón de buitres, aprisionado por traición;

los primeros días, rechacé los alimentos, los hallé nauseabundos, y, apenas si los pro-

baba, aliméntadome de algunas golosinas que mi madre había puesto en mi equipaje;

aquellos hombres, no se conformaban con envenenar las almas de los niños, sino que envenenaban también sus cuerpos;

como no habían sido padres, de hijos de sus entrañas, aquellos parásitos sociales ignoraban todas las ternuras, y, si tenían algunas eran inconfesables, como una abominación;

mi condición de hijo de uno de los hombres más adinerados de esas comarcas, decisivo en asuntos electorales, por el número enorme de siervos de la gleba, que contaba en sus dominios, hacía que los padres educadores, tuviesen gran interés, en contarme entre sus discípulos de hoy, con la esperanza de contarme entre sus sostenedores de mañana;

la cretinización lenta de aquella sociedad, les estaba encomendada, y, se absolvían de su misión, con una escrupulosidad, que parecía ser su única virtud;

soportaron mis primeras asperezas, con una

paciencia heroica, que habría sido noble, si no hubiese sido interesada;

me dejaron en una libertad relativa, que fueron mermando poco a poco, a medida, que yo me iba, por hábito, acostumbrando al yugo;

fingieron una admiración grande, ante los conocimientos que yo poseía, muy superiores a mi edad;

y, entonces, para halagar mi vanidad, y, aliviarse ellos en sus tareas, me hicieron lo que en su jerga escolar, llamaban: Decurion; y, me dieron una decena de niños menores, para enseñarlos;

yo, era un espíritu demasiado delicado, para ser un espíritu colectivo;

la promiscuidad me era odiosa, como el rozamiento con algo asqueroso y repugnante;

sólo las almas bajas aman esparcirse en las otras almas, mezclándose a ellas, buscando un refugio para sus dolores y para sus confidencias;

la Vulgaridad, es el alma de la Intimidad;

yo, tenía ese refinamiento, esa exquisitez

de alma, que rechaza toda familiaridad, esa aristocracia de sentimientos, que recluye a un hombre voluntariamente en la soledad;

y, fuí un aislado, afinando mi espíritu, en esa soledad intelectual, que consiste en estar entre los otros, sin contagiarse de su pensamiento, viéndolos actuar, sin tomar parte en su vida, sintiéndolos sentir, sin mezclarse a sus sentimientos, sabiendo que tienen un corazón, sin darles por eso el nuestro;

privado de los besos de mi madre, mis labios se cerraron como una flor, y, fueron herméticos, rebeldes a toda confidencia;

no tuve amigos, y antes bien, una atmósfera hostil me circuia;

los profesores más jóvenes intentaron acercarse a mí, circuyéndome de atenciones, y, quisieron hundir sus miradas en el fondo de mi alma...

retrocedieron ante las zarzas de mi taciturna ironía, del vaho de desprecio que subía de mi corazón hacia ellos; mi corazón, que era como un lago de todos los misterios, y, todas las opacidades;

el Padre Rector, ensayó conmigo, seve-

ridades conventuales, afeó mi aislamiento atribuyéndolo a vicios que me eran desconocidos, y, atacando la displicencia de mi carácter, que según él, no era en el fondo sino un diabólico orgullo;

yo, lo oí, como quien oye desde el lecho, una lluvia pertinaz afuera;

el tonsurado, volvió sobre su tema, atribuyendo mi rebeldía a falta de educación religiosa:

—Mi querido niño,—me decía—es necesario acercarse más a Dios...

y, así diciendo, me acariciaba el menton, con su mano asquerosa y grasa semejante a una bola de sebo;

y, me hizo una receta de oraciones continuas, de penitencias, de confesiones, de comuniones, de novenas y de trisagios...

esta terapéutica celestial, me hizo sonreir;

me la aplicaron, sin salvarme;

en el tribunal de la penitencia, si huvo algún secreto, fué el de mis faltas, porque no las dije nunca;

me bastaba saber las de mis superiores, que yo sorprendía constantemente;

el pan eucarístico, era demasiado ácimo para mi alma;

¿oración?

Sí...

amaba retirarme al Oratorio, pero para entregarme allí, a mis ensueños, lejos de todo ruido;

¡ah! las deidades que yo evocaba entonces, eran bien distintas, del Cristo exangüe y, la Madre Dolorosa, que decoraban el altar;

la Biblioteca del Colegio, era el Jardín de la Imbecilidad;

libros absurdos de Religión, manuales de Teología de una profundidad mentirosa, vidas de santas, falsas o pueriles, libros de propaganda católica, mordaces y violentos;

los fogueé una vez y no volví a abrirlos nunca;

fatigados de mi desdén, mis profesores se alejaron de mí; y, mis condiscípulos también;

al principio mi padre venía a verme una vez al mes;

después escaseó sus visitas;

los informes muy buenos, que los padres

le enviaban, le bastaban para su satisfacción;

mi madre a pesar de sus deseos, vino con menos frecuencia; mi padre no la dejaba venir, temeroso de la impresión dolorosa, que aquellas entrevistas le causaban;

lloraba tanto al verme y al dejarme que sus visitas me hacían sufrir, hasta dejarme enfermo;

después que ella había partido, que daba yo, tan hondamente emocionado, que tenía necesidad de encerrarme, para llorar largas horas;

sólo mi madre, tenía el poder de conmoverme y de turbarme así;

vivía bajo la impresión dolorosa de sus besos, por muchos días, y, me dormía, pensando en sus abrazos, como si me coronase y me ciñese el cuello, con la frescura de unas rosas matinales;

en esa soledad, solo permití a un ser llegar hasta ella, pero sin entrar en ella;

era un niño, de los más pequeños con quien la Naturaleza, había sido cruel, deformándolo casi al nacer, pues, era jorobado;

lo llamaban: Rigoletto, y, él no enrojecía, ni se indignaba ante el apodo;

era dulce y bueno, de una inteligencia precoz y, de una sensibilidad exquisita, casi enfermiza, como la de los seres habitualmente desgraciados;

le tomé cariño a causa de su debilidad, y, de las burlas casi siempre crueles, de que era objeto;

esas almas sin nobleza abrumaban de humillaciones, a ese ser desventurado que con su desventura, no alcanzaba a desarmarlas;

Rigoletto, adivinó mi afección y, se acercó a mí, como un niño perdido en la noche;

su instinto lo hizo adivinar en mí, un protector;

era inteligente, de una inteligencia que desconcertaba por su agudeza, y, no se vengaba de los otros, sino con sus sarcasmos, que eran crueles, como un cauterio;

él, también sufría, de aquella prisión, sin afectos y sin encantos;

los profesores, lo miraban con indiferencia, su defecto físico lo privaba de todo atrac-

tivo, que pudiera despertar en ellos, alguna afección;

los grandes, como llamaban a los de mi edad, lo miraban con desprecio, por la misma razón, y, no se acordaban de él, sino para burlarse y, atormentarlo, con las más cobardes sevicias;

desde que yo lo tomé en afecto y, le dí mi protección, las sevicias cesaron, y, el niño libertado de ellas, se acercó a mí, y me profesó un gran cariño, que no era en el fondo sino una noble gratitud;

en sus ojos azules, trasparentes, como un manto sutil, se leía el reconocimiento de una alma delicada y tierna;

gozaba en pasear, en los grandes patios, al lado mío, prendido de mi brazo, y, su figura deforme, llena sin embargo de suavidad y de belleza espiritual, pugnaba por hacerse erecta, para elevarse hasta mí...

los curas, vieron esa amistad, con malos ojos, y, apartaron el niño de mí;

volvió a caer en la intemperie, solo y perdido en aquella hostilidad...

pero, yo, lo seguía de lejos, y, no me

acercaba a él, sino en el momento de defenderlo;

mi soledad se ensanchaba, e incapaz de las exaltaciones místicas que la rodeaban, se hacía cada vez más hosca, cada vez más fuerte, cada vez más antagónica de los seres y, las cosas que la circundaban;

y, se hacía peligrosa, a causa de la virilidad que despertaba en mí, con la violencia que todas las pasiones, tenían en mi temperamento;

rostros de mujeres, apenas entrevistas en paseos a donde íbamos en formación, o en las naves de las iglesias, a donde nos llevaban a orar, perturbaban terriblemente mis horas de soledad, y, mis noches inverecundas de deseos;

¿a quién contar mis inquietudes íntimas, en aquel grupo de almas adolescentes, perdidas en otro sueño y, ante las cuales, el mío, habría sido como un estandarte de pecado?

yo, que no conocía aún el orgullo del Amor, sucumbía bajo la nostalgia de él;

los años pasaban, y, yo, me sentía morir en esta soledad;

¿cuándo rompería esta cárcel?...

. . . . . .

he ahí, que un día muy triste, en que todas las canciones de mi corazón, habían cantado en mí, el coro de los dolores sin esperanza y, de los sueños sin realización, y, todas mis visiones, y, mis deseos irrealizables me cercaban como un enjambre violento, de abejas envenenadas, cuyas picaduras me hacían mal, salí al patio, a la hora de recreo, en busca de aire y de solaz;

había andado pocos pasos cuando vi, un grupo de escolares, en un extremo de él;

los muchachos reían y palmoteaban;

atraído por la curiosidad me acerqué;

y, en el centro de ese círculo, vi una escena repugnante y cobarde, que me sublevó;

Julio Pavon, un mozo de mi edad, zafio y pendenciero, tenía a Rigoletto, bajo él, tumbado en el suelo y, lo abofeteaba sin misericordia;

el pobre niño, nada podía, y, lloraba sin defenderse;

rompí el círculo, y, llegando hasta donde Julio Pavon, cabalgaba sobre su víctima hiriéndola sin descanso, lo abofeteé rudamente, y tomándolo por los vestidos, lo obligué a ponerse de pie, retándolo a batirse conmigo, que era su igual;

el salvaje, no se hizo de rogar, y, enardecido por el ultraje vino a mí como un toro furioso;

el círculo se ensanchó;

nos enredamos, en un verdadero pugilato;

él, era más fuerte, yo, era más ágil; él era los músculos, yo, era los nervios;

a cada golpe suyo, yo vacilaba; a cada salto mío, sobre él, estaba a punto de caer;

al fin él, no resistió a una zancadilla mía y vino a tierra;

entonces, fuí yo quien lo dominó;

le puse una rodilla en el pecho, y, lo tuve inmóvil; sus manos libres me abofeteaban;

entonces ciego de ira, toda la violencia de mi temperamento, estalló, vi rojo, y, ya no pensé sino en matar;

acordándome de un cortaplumas, que cargaba conmigo, lo extraje del bolsillo lo abrí

con los dientes y quise hundírselo en el pecho;

un movimiento de su brazo, desvió el arma, y, se la clavé en un hombro;

a la vista de la sangre, hubo un grito de horror y, los niños se dispersaron, llamando a los superiores;

me disponía a herir de nuevo, cuando dos bedeles me tomaron con sus manos hercúleas, me desarmaron, me redujeron a la impotencia, y, me llevaron a un calabazo, mientras el otro era conducido a la enfermería del establecimiento;

tres días, estuve encerrado a pan y agua, hasta que vino mi padre, y, fuí entregado a él, expulsado de aquel nido de víboras, que silbaban viéndome partir....

solo los ojos tristes de Rigoletto, lloraron mi partida;

y, desde una ventana muy alta, sus manos esqueléticas, me hacían señales de: ¡adiós!..

*

Así, bajo el huracán de la cólera paterna, entré otra vez en mi hogar...

mi madre, fué feliz de recibirme en sus brazos...

sus besos, fueron fuentes de bendición, bálsamo cicatrizador, que sanaron, todas mis heridas;

mi padre, ensayó ser implacable, y, fatigado de mi indiferencia, capituló al fin;

perdonó en nombre del Olvido;

y, yo, me hundí profundamente en esta nueva soledad...

¡ay! no se vé nunca, libre de la Soledad, aquel que la lleva en Sí mismo, en el inclemente orgullo de su propio corazón;

¡oh, el tedio de las campiñas nativas, el espantoso horror de los horizontes patrios! que sentí al regresar a la rústica aldea...

¡imposible describir la sensación de naufragio inmenso, de insoportable angustia, que me apretó el corazón a la vista de los campanarios grises y ruinosos y de las casas miserables, sucias y destartaladas, que formaban el pueblo hosco y frío que me vió nacer;

la patria, no se escoge, se acepta; como no se la puede cambiar con honor, es preciso soportarla con valor;

ciertas almas, ponen en sufrir su patria, tanta abnegación, como otras en defenderla;

vivir en ella, sería un sacrificio mayor que morir por ella; y, así a la vista de la mía, yo había puesto tristemente mis manos sobre los ojos, y había llorado, en la inmensa obscuridad de todo lo radioso que moría detrás de mí;

sentí, ante aquel horizonte de ignorancia, de bajezas y de lapidación, todas las fuerzas ciegas y adversas del Destino, aglomerarse sobre mi cabeza;

yo no sabía su grandeza terroríficamente; no lo sabía, pero lo presentía; y estupefacto vi la aldea alzarse ante mí, como la obra ciega del odio y de la persecución; su presencia semejante a una suprema derrota, pobló mi corazón de sombras y terrores;

comprendí, por la rápida acuidad de mi visión interior, cuán lejos estaba yo, de todos esos seres, cuya animalidad presuntuosa y celosa, me contemplaba con tenacidad, casi con odio;

y, en el inconmensurable antagonismo, me me sentí divorciado para siempre de aquella patria que no acariciaba mi corazón, ni lograba hacerlo latir por ella, y antes bien, lo hacía alzarse, lacerado entre los dos, como un muro de tinieblas y de separación, como un abismo de odio;

rebelado ya contra la patria hostil, fuerte en mi individualismo poderoso, me aislé, viviendo de mi propia vida, sintiéndome vibrar como un instrumento en el silencio, escuchando el grito de mis presentimientos, que engrandecían en la inmovilidad, hablándome

de glorias futuras, de cielos iluminados de apoteosis;

y, algo de fuerte y de terrible,—el milagro del pensamiento—empezaba a crecer en mí, con vuelos vertiginosos, más sonoro a causa de la soledad, más cargado de revelaciones, a causa de la distancia inmensa de los hombres;

en el recogimiento de la soledad yo sentía el Infinito, mezclarse a mis pensamientos, tocar a mi corazón, como un mar taciturno de silencio; y fuerte en mi invencible orgullo, continuaba en desafiar los sarcasmos de la aldea, de pie sobre mi aislamiento que ya parecía una cima;

y, en mi decisión augusta de separación definitiva, forzaba el odio a contemplarme;

el vértigo de la soledad, me coronaba de infinito;

sólo la soledad, es fecunda; sólo en ella se halla la línea de perfección, la grande armonía silenciosa de las fuerzas primordiales, el tesoro enorme de los pensamientos huraños e inmortales, que como pájaros de

grandes vuelos no viven y no vuelan sino en lo inaccesible; procesión de verdades inmortales, que escapan a la vista de los hombres;

es de su sombra borrascosamente confusa, que brotan la palabra, que es luz, y el color y la forma, la plástica canción de la Belleza;

el soplo de la soledad nos envuelve en una radiosidad animada de cosas, dentro de la cual sólo podemos confiar a la Eternidad el secreto de esas cosas inmortales que nos animan;

la soledad, está lejos de la vida, por eso es piadosa, y está lejos de la vulgaridad, por eso es noble;

mi corazón coronado de naufragios, triste campo de derrotas prematuras, sangrada ante la intensa miseria interior de los seres que me rodeaban y se cerraba impenetrable ante ellos;

odiaba a los hombres como tumbas, y los esquivaba como a espectros;

la ternura de mi madre me iluminaba co-

mo una alba, me protegía como un escudo, pero no alcanzaba ya a consolarme, como en mi infancia a llenar todo lo infinito de mi corazón insatisfecho, a calmar la inexorable ansia nostálgica del beso hermano de la caricia;

su seno suave y calmado, como un remanso de aguas dormidas, era el único reposorio a mi frente ya soñadora de aureolas, visionaria de halos radiosos;

su corazón era el único vaso donde yo vertía el tesoro de mis ternuras, la sorpresa divina de mis palabras, cuando mi alma ebria de visiones, como de un vino de estrellas, buscaba su regazo y me reclinaba en él, sonriendo al deslumbramiento de grandes cosas futuras;

ella, era la única que penetraba en mi alma;

he ahí porque la madre arraiga tan profundamente en el fondo de nuestra vida; por qué ella es la única que entra a nuestro espíritu en la hora tenebrosa del misterio, en la gestación laboriosa del pensamiento bajo el azul fecundo y vago del ensueño;

pero, su amor no es el Amor;

mi alma se alzaba, como una flor odorante y clamorosa, llamando ese sol desconocido que tardaba en asomar.

*

Como un relicario maravilloso, que contuviese rubíes de Calcedonia y, topacios de Esmirna, engarzados en viejas cinceladuras de argento pálido, el Salón dejaba ver su iluminación multicroma, donde el oro viejo de las molduras de los muebles arcaicos, se hacía radioso, en la fulguración, de las lámparas de petróleo, y, de las bujías esteáricas, radiosos ellos también, en sus adornos de metal; las flores, como ostensorios de pureza, alzaban sus corolas entre las ondas azulosas, que flotaban como nubes de un lago, bajo el calcio inmaculado de los techos, festonados de laurel;

era en la casa de mis tías, una vieja casa conventual, blaneca y florida, en la cual germinaban en perpetua floración las plegarias y las lilas; que esa noche se habían congregado las familias de los *notables* del pueblo, título con que el servilismo aldeano cosquilleaba el orgullo agreste de los ricos del poblado;

y, allí, entre un grupo de bellezas adorables, estaba *Ella*, divinamente bella, con su belleza de leyenda, así como una rosa blanca, caída entre frondazones crepusculares;

su hermosura, amarga y dolorosa como un poema de lágrimas, irradiaba en esa penumbra, con los tonos áureos y blancos de esas nubes de poniente que el otoño finge sobre los cielos tristes;

su forma inmóvil y blanca, que parecía un diseño tumular, se destacaba apenas en su fragilidad inquietante y funeraria, como una evocación mortuoria, como un lírio de mármol sobre una tumba de basalto;

estaba vestida de blanco, como la Virgen de un retablo, pero el manto que la cubría era obscuro, de tonos violáceos, que hacían

resaltar más sus palideces asiáticas de ídolo de marfil;

sus labios tristes, como camelias pálidas de sufrimiento, como lilas exangües de dolor, como geranios mustios, en cuyos cálices tenebrosos hubiera vertido la Noche, todo el licor amargo del Silencio, se movían lentos, con un ritmo de pétalos estremecidos;

en sus labios meditabundos, dormía la palabra como una plegaria muda como un rosal de rosas de Infinito; brazos cruzados sobre el pecho como si abrazasen con sus largas manos marmóreas todas las cruces negras del sacrificio, todas las coronas del Escarnio, todas las flores del Dolor y de la Desolación, parecían prontos a abrirse como alas de redención, en un gesto abnegado de crucifixiones, sobre pináculos de desesperanza, en horizontes glorificados de aureolas trágicas;

en sus ojos magnificados por el éxtasis, se extendía, como en una noche boreal, la melancolía de las lagunas septentrionales, de las grandes landas desiertas donde llora la so-

ledad de los amplios mares brumosos donde el invierno canta;

el oro fluido de sus cabellos lactescentes, como una irisación de espigas otoñales ya muertas por el frío, se tornaban a las luces lunares, en un blondo de ceniza, con reflejos de ópalo, se hacían casi blancos, como auroras de cristal, y le formaban un limbo indefinible de heliotropos, sobre el cual se hubiera espolvoreado todo el fulgor astral de las noches del trópico; era como una gran gardenia, sobre la cual una araña del cielo hubiese tejido una red de oro;

se diría que el silencio le hacía un nimbo;

un halo de palideces imprecisas flotaba en torno de ella, como el alma vasta y fría de las soledades, como el fondo de una gruta de perlas, donde se obstinara una alba perpetua;

yo contemplaba aquel mármol vivo, inmóvil en la luz lunar que caía sobre él como una lluvia de pétalos;

tuve la sensación de que mi alma se ahogaba y desaparecía en ese grande océano de

tristezas, que eran los ojos enigmáticos de aquella virgen, que parecía hecha toda de sombras y de melancolía;

un divino, un inmenso amor nació en mí, por aquel sér frágil y puro, que parecía temblar en el dolor;

y, en la sinfonía suave de las cosas, mi alma preludiaba la paráfrasis de los amores irremediables, gritando a la noche negra las palabras victoriosas: *Yo* amo...

cuando entramos en la sala mi madre y yo, ella se puso en pie y, vino hacia nosotros con su marcha rítmica como fascinada de sueños, con ondulaciones y esbelteces de un junco índico, con la mansedumbre lánguida de un cisne meditativo en la paz religiosa, de un bosque, bajo un firmamento nacarado, en el turbador silencio de la noche luminosa;

parecía más grande y más flébil, en los reflejos moarés de sus adornos violáceos que hacían una penumbra amatista a la cera pálida de su rostro y a las luces tristes de sus ojos, llamas moribundas sobre un bosque muerto;

avanzaba feérica, luminosa, como un rayo de luna filtrando en los follajes, como la ondulación de una ala nívea, silenciosa, toda blanca, en la pompa milagrosa de la noche ecuatorial;

y, al verla avanzar así, radiosa y misteriosa, un verso de la *Vita Nuova*, brotó en mi cerebro y dijo a mi alma: *Ve ahí venir aquella que debe establecer sobre ti su dominación;*

y, valeroso fuí hacia ella;

mi madre me la presentó y al tomar en la mía, su mano blanca, que era una claridad, sentí que mi vida se ligaba a esta rosa pálida, y que mi corazón se rendía al fluido turbador, que se escapaba de aquel sér calmado y bello, triste como una noche sin auroras;

y, al inclinarnos para el saludo, nuestras dos almas se inclinaron también, tocadas de un vértigo extraño, para mirar el abismo tenebroso de la pasión, que se abría ante nosotros; y sin pronunciarla, dijeron la gran palabra, que canta eternamente en el corazón

y en los labios de los hombres: el Amor;

y, el Amor fué en nosotros;

la palabra musical no fué dicha; pero nuestras manos al desenlazarse, habían ya sellado el pacto eterno; frente al Dolor, al Destino, y a la Muerte.

*

Ondas de una vibración extraña descendían sobre mi alma solitaria;

la dulce tristeza del Amor, que pasa sobre el jardín de los sueños como el hálito del lago taciturno sobre las flores que duermen en el agua, abriendo en el silencio el esplendor de sus colores lejanos, cayó también sobre mí, como una sinfonía que era un encanto, ¡la tierna melopea, de las liras irresistibles y cautivadoras!

en la mendicidad de afectos en que vivía mi corazón, este estremecimiento delicado, esta alba de amor cuasi divina abría un cielo inesperado a mi triste alma claustral, y ella obedecía a la llamada, irresistible que

le venía de esos cielos irrevelados y brillantes;

mi soledad, poblada hasta entonces de grandes sueños hoscos y rebeldes, se pobló de sueños tiernos y consoladores, que vinieron a halagar mi gran miseria moral, a poblar de encantos mi brutal aislamiento.... pero del fondo de ese abismo de felicidad se alzaba la insoportable, la terrible angustia, como la noche implacable devorando las púrpuras del cielo; y la eternal melancolía, extendió sobre ese primer idilio de mi vida, su manto de sombras, que tanto se parecía a la muerte;

y, la alegría, ese sol de primavera, que debía alumbrar aquel gran desgarramiento que el amor hacía en nuestras almas, fué velado y triste, sus rayos triunfales hicieron apenas una alba pálida sobre nuestro cielo desierto, que parecía un sudario;

pero no era de mí, que partía aquella tristeza insondable y extraña, que enduelaba nuestra pasión, como una gasa fúnebre, extendida ante nuestros ojos sedientos de infinito;

era de Ella, de su alma de silencio, de su figura blanca que parecía una flor;

en el gran rito de Amor, que celebraban nuestros corazones, en el rayo de gloria que nos bañaba, ella permanecía triste, como la vaga esfumación de un sueño en el crepúsculo, como la sombra de la noche sobre las floraciones dormidas;

y, así paseábamos en las tardes inermes, por los senderos solitarios, en los caminos rectilíneos, entre la monotonía perfumada de los rosales, y la pompa del llano multicolor, que semejaba la superficie de una mar calmada;

ella, muy grande para su edad, con su palidez de ámbar y el nimbo de oro de su cabellera lunar, parecía un dibujo prerrafaelista, un diseño de Luini, avanzando en el llano desnudo, en la calma argentada del paisaje; y las manos en las manos, nos hablábamos largamente, tiernamente, bajo las arboledas seculares, en los caminos desiertos, cerca a los estanques grises, que semejaban escudos de batalla que el poniente envolvía en una magnificencia de gloria;

mecido por las palabras que cantaba su boca, me sentía absorbido, como desapare-

cido en un sueño de paz y beatitud, en el enervamiento delicioso del fluido cautivador que se escapaba de ella;

su belleza exquisita, de una perfecta eurítmia de formas, encadenada mi alma, a la contemplación muda y creciente... y, sentía el vértigo de Ella;

mis ojos, cargados de enternecimientos devoraban la figura radiosa, vibrante de ideal, enigmática como el Misterio; y rosas espirituales, rosas de adoración, nacían en mí y pétalo a pétalo, las desfloraba a sus pies, como las notas de un cántico... y mi alma la besaba castamente, armoniosamente, en limbos supraterrestres, de una espiritualidad perfecta;

bajo los macizos florecidos, en el bosque saturado de adoraciones de fecundidad exuberante de savia vegetal en fermento, ante la calma bestial de la Naturaleza de efluvios de voluptuosidad, mis sentidos se turbaban a veces... y ante su cuerpo casto, que envolvía el lino púdico, en pliegues armoniosos, ante el cielo de sus ojos que fingía la coloración pálida de un levantar de astros, estrechando en las mías sus manos sensitivas

y temblorosas, como dos pájaros enfermos, viendo en el nacimiento del cuello y de los brazos la pulpa adorable y suave de la piel, sentía ante esa contemplación plástica, el aliento malsano del deseo alzarse en mí y la serpiente impura envolver con caricias de llamas mi cuerpo adolescente;

y, mientras ella quedaba serena, hierática, en el ritmo de sus gestos calmados, que era una música, como envuelta en una nube de cosas inmaculadas, yo me debatía en el torrente pasional, bajo sus olas fangosas, terriblemente triste y humillado, ante los gritos inmundos de mi animalidad desesperada, tratando de libertarme de ella, con la evocación de pensamientos altos y nobles bajo el encanto lenificante de aquellos ojos tan admirablemente serenos;

y, mi corazón se levantaba, purificado de la miseria de su lepra, por el flujo de pureza y santidad que se escapaba de aquella alma inefable, de aquellos labios sobre los cuales el poder del verbo tenía extrañas sonoridades irresistibles;

mi espíritu, como resurgiendo de una cripta, milagrosamente lleno de blancuras, se alzaba hasta ella, hasta el cielo contemplativo y místico de su alma enamorada... y todo mi amor, hecho de dolor, de amarguras y de melancolía, iba delirante hacia ella, hacia la paz y el esplendor que rayaban en su rostro de virgen y hacia la eucaristía de sus labios, donde en la plenitud del silencio, palpitaban sin abrirse las flores de la inmortal consolación;

la tristeza que venía del campo y caía de los cielos en desolación, envolvía nuestras almas;

y, en el duelo solemne de la hora, en el crepúsculo que envolvía la tierra y ahogaba los montes, nos abrazamos estremecidos, en un gran gesto de espanto, en el profundo silencio que sólo interrumpía el grito de los pájaros, la cadencia de las fuentes, sonando en la soledad, bajo el abismo celeste, y el ritmo de nuestros corazones, que vibraban como liras de eternal melancolía, en el oro glauco de la noche, que se alzaba ya sobre los estanques lívidos.

Sin madre, y sin hermanos, Amelia había engrandecido en la soledad, bajo la mirada casi indiferente de su padre, hombre frívolo, sensual, al cual su viudez le pesaba como una carga;

el gran sol de la ternura, no había alumbrado nunca sobre ella y su corazón aterido de ese frío mortal, permanecía cerrado, como un botón de rosa esquivo a abrirse bajo el sol taciturno del invierno;

y, la niña inclinaba la cabeza como un pistilo frágil, me contaba la pena de su vida, con ojos terrificados por el dolor, y su voz que tenía como un crepitamiento de llama;

su madre había muerto, horas después de haberla dado a luz;

en el delirio de una fiebre intensa, había ido a arrojarse en un río cercano a la casa campestre donde le había sorprendido el alumbramiento;

ya en meses anteriores, durante la preñez había intentado arrojarse al mismo río, en horas de perturbación mental, ocasionada por las brutalidades de su marido;

su cuerpo rígido, extraído de las ondas, fué la primera visión, que se grabó en aquel cerebro virgen; crecida al lado de su abuela, no viendo a su padre sino muy rara vez, consagrada al culto de su madre muerta, y a la rememoración de la tragedia violenta en que aquélla había desaparecido, llegó a los catorce años, llena de una exaltación dolorosa, que no hacía sino aumentar diariamente; la muerte de su abuela la entregó a su padre, que no pudo nunca ocultar el enojo que esta carga le ocasionaba;

así llegaron a nuestra aldea; el padre ebrio consuetudinario, politicastro rural, olvidaba por completo su hija, y se ausentaba del ho-

gar semanas enteras, entregado a una nueva concubina, con cuyos amores escandalizaba por entonces el pudor bravío de aquel nido de castidades aldeanas;

así abandonada vivía ella;

y, nuestro amor se entristecía de la tristeza de su vida, y nuestros ojos cegados por extraños presentimientos, parecía no alcanzar a ver las costas luminosas del país de la ventura;

pero, la gran tristeza estaba en ella, en la melancolía de sus pensamientos, y de sus palabras que parecían temblar ante la vida; en sus amplios gestos litúrgicos, que parecían marcar, como inmensas alas agoreras, todo el circuito de la desolación inolvidable;

inclinada sobre mi corazón, dejaba correr la fuente de sus tristezas, que iban del fondo de su alma hacia la mía, como una corriente obscura que arrastrase pétalos odorantes;

—Yo te he encontrado como un árbol de vida, en mi camino hacia la muerte, me decía; yo iba a ella como por un bosque de laureles hacia la mar calmada; yo iba a ella con avidez; es allí que habita la ventura;

el resplandor engañoso de la vida, no deslumbra mis pupilas atónitas, ni prende auroras de deseos, en el rubio de esta cabellera, que semeja un sudario; sólo tú has podido detenerme en la vida, con tu voz de encantamiento; sólo tú has podido encadenar mis alas, en vuelo hacia el reposo;

la persuasión divina de tu amor, me hace vivir; tentadores, misericordiosos y elocuentes, tus labios me atan a la vida; la red luminosa de tus palabras ha inmovilizado mi vuelo hacia el gran río profundo del silencio;

la fuerza imperiosa de tu amor, me hace vivir; es tu corazón toda la inmensidad de la vida;

¿cómo podría yo vivir fuera del cielo que tú has hecho para darme la alegría? mi pobre alma dormida en las profundidades, despertó a tu voz y te sigue como un resucitado a su profeta; como una luz en la obscuridad, como una melodía en las tinieblas, tú me guías a través de la sombra; eres para mí, luz y armonía; eres toda mi zona de sol; fuera de ti, la tiniebla y la muerte;

—Calla, calla, le gritaba yo, sellando en los labios el horror de la palabra fatal, acariciando con ternura apasionada sus manos que temblaban como alas heridas.

—La felicidad existe sobre la tierra; tiene como las plantas sus horas propicias; es la hora de la felicidad, gocémosla.

—¿Cuánto dura la vida de esa planta? decía ella y callaba; su visión obsesionante era el agua; permanecía largo tiempo absorta, mirándola correr;

inmóvil, como sugestionada, se inclinaba sobre la gran mole de las aguas, como tendiendo el oído hacia voces lejanas, como si oyese llamadas irresistibles venir a su corazón;

—El agua tiene una alma, me decía, una alma tierna y melancólica que solloza en el fondo de los lagos y de los ríos.

—El agua tiene labios, el agua llama y besa; nada hay igual a la atracción de las aguas calmadas; su extraña fascinación finge todos los mirajes; yo siento que me llama, que me atrae y tiende brazos visibles hacia mí; son los brazos de mi madre; ella me

llama desde el fondo del abismo donde encontró la calma;

y, vibrante, estremecida, se refugiaba en mi pecho, como para expulsar las visiones de la obsesión fatal;

y, aterrados ambos, nos sentíamos como tragados por las ondas de un lago negro, bajo un cielo más negro todavía, sin gritos, sin esfuerzos, en una extraña aspiración de descanso y de agonía.

*

¿Por qué mi alma incomprensible, inquieta y atormentada, empezó a sentirse entonces esta sed infinita de ideal y de emociones, que ha sido la fuente de todos los placeres y los dolores de mi vida?

¿qué condiciones de atavismos de carácter y de medio, podían llevarme a esas vagas aspiraciones, a esa tristeza exclusivamente intelectual, que se apoderaba de mi ánimo?

¿por qué no despuntaba en mí, la sabia y bestial resignación, la mediocridad apacible y desarmada de todos mis antecesores, héroes de la gleba, muertos al pleno sol, después de sus grandes victorias sobre la

naturaleza, en la tierra domada, vencida y fecundada por ellos?

¿por qué ya aparecía yo, como uno de aquellos tristes predestinados a vencer o a morir en la espantosa batalla de la vida?

¿por qué ciertas almas, como ciertas flores, no se abren sino bajo acres brisas de borrasca, que han de llevar lejos, sus gérmenes deletéreos y violentos?

¿por qué sin presentirlo siquiera, ciertas almas nacen enfermas, del mal de su época, el *mal del siglo*, sin estar ligadas para nada al vasto movimiento de las costumbres de su tiempo?

yo había nacido en una zona de barbarie, en un país casi absolutamente separado de la civilización; agrupación híbrida de indígenas analfabetos, casi en nada distintos de la bestia primitiva, y de semiletrados pavorosamente imbéciles, que no habían educado sino sus apetitos y ocultaban bajo el sombrero los cráneos más desmesuradamente idiotas, y bajo el vestido el más monstruoso corazón de bárbaros;

¿por qué sin elementos tradicionales que

la informaran así, mi alma como tocada por la fiebre de su siglo, se apartaba de la gran miseria ambiente, e iba como arrastrada por fuerzas ocultas, recorriendo extrañas etapas morales, hacia zonas extrañas de pensamientos, hasta entonces no conocidas por los míos?

yo, no era fruto de una raza decadente, empobrecida por los vicios, gastada por los placeres, agotada por la predominancia cerebral de grandes genios;

mis antecesores paternos, todos habían sido campesinos robustos, sanos, ignorantes, que por generaciones de generaciones, habían nacido, crecido, vivido y muerto en esos campos, sin ver más horizonte que aquel que delineaban los llanos verdáceos, los bosques tornasoles, los lejanos cerros meditativos; su corazón de grandes niñas no había sentido otras pasiones que el delirio del trabajo, el dolor de la muerte y el amor legítimo que era para ellos como un placer mezclado de religiosidad en el rito sagrado de la procreación;

su cerebro no se había agotado en abstrusas elocubraciones filosóficas, en el dédalo

de las teorías políticas, en sueños quintesenciados de pasión, en subtilidades emocionantes del arte, en refinamientos de voluptuosidades morbosas;

ni sabios, ni escritores, ni artistas, ni hombres de Estado, había dado aquella raza de vigor animal, de hombres sanos y fuertes, crecidos y muertos sobre el surco fecundo, cerca al arado heráldico, en medio de sus vacadas apacibles, mugidoras, ante el horizonte espléndido de sus cosechas, que como esclavos sumisos, inclinaban ante ellos sus espigas cargadas de oro, cuando domadores de la tierra, pasaban al trote de sus potros indómitos, recorriendo esos campos regados por su sudor, fecundados por el trabajo recio de sus manos;

muy niño aún, yo recuerdo, haber acompañado a mi abuelo, por el campo recién arado, tras de los bueyes grasos, llevando talegas llenas de simiente, que él arrojaba en el surco ápido, con un gesto de bendición, casi litúrgico, con una gravedad sacerdotal, atento cual si escuchase salmos de vida salir de las entrañas desgarradas de la tierra, majes-

tuoso en su grandeza de labrador octogenario, perfilando su alta silueta de patriarca en la severidad inmutable del paisaje, en la calma idílica de las llanuras asoladas;

y, ese era para él, no un trabajo, sino el gran placer de su ancianidad, cuando ya se inclinaba hacia esa tierra que había amado tanto, y que aun laboraba antes de desaparecer cargado de hijos y de bienes crecidos bajo él, con la multiplicidad prodigiosa de los patriarcas amados de la Biblia;

mi padre tenía la pasión de la Naturaleza; la amaba con un delirio de fauno; era una alma pánida, ferozmente enamorado de su tierra madre; era agricultor por atavismo, por temperamento, por placer, y por constitución; tenía el horror de la ciudad y del poblado; aislado en sus campos, vigilando él mismo sus cosechas, lleno su corazón del amor a la tierra, a mi madre y a mí;

¿por qué de esa selva de cuerpos robustos y almas sanas, tan poderosamente arraigados en la tierra, rebeldes al vuelo y la visión, surgía yo, niño enfermizo como mi madre, meditativo, tenazmente abrazado al

pensamiento, pertinazmente atento a las grandes cosas silenciosas y graves de la vida?

¿por qué el alma colectiva de mis abuelos, paternos no cantaba en mí el himno del trabajo, y mis manos y mi cuerpo en quietud estéril, rehuían la faena recia, y no se tendían hacia el gesto augusto de los grandes campesinos que habían inmovilizado sus siluetas rudas, sobre ese mismo horizonte de paz y de quietud?

¿por qué mi sér adolescente comenzaba a ser torturado por extraños dolores morales, por aspiraciones incoherentes, por sueños fragmentarios e imprecisos, que volaban en un ambiente abstracto y difuso, como grandes pájaros desterrados de la aurora, fuera del tiempo y del espacio?

¿por qué no se mostraban en mí, sino los atavismos de mi raza materna, de esa raza sombría de soñadores, de locos y de asesinos, de la cual mi abuelo había sido la más rica flor y, yo amenazaba ser el más espléndido retoño?

¿por qué en la miseria de mi vida interior, mi corazón empezaba ya a lanzar grandes

llamadas imprecatorias al cielo y al destino, ensayando en el infinito cruel, levantar la cabeza contra todos, y contra todo?

¿por qué mis manos se tendían hacia el muro de la sombra, deseosas de aprisionar el infinito azul?

¿por qué un orgullo inconmensurable, me lanzaba ya al encuentro terrible de la existencia, como si fuese capaz de cortar o inmovilizar ya las garras invisibles de todas las cosas de la vida?

¿por qué ante el medio ambiente, impersonal y hostil, ante el asalto de la venalidad agresiva, yo no sabía borrarme o capitular, y resistía bruscamente, refugiándome en la violencia y en la soledad de mis sueños?

¿por qué mis labios tomaban ya el gusto amargo del odio y con una emoción de cosa sagrada, ansiaba atraerlo sobre mí, cual si fuese la forma amada de la Gloria?

en la intensidad aguda de mi deseo por realizar grandezas ocultas, en un mundo exterior que huía a mis miradas, viendo mis sueños animarse y respirar en una atmósfera de infinita crueldad que los inmovilizaba,

mi corazón sangraba, mi pensamiento se sentía asesinado, y las lágrimas subían a mis ojos, como una protesta muda, ante el horizonte impenetrable del Destino;

mi alma insatisfecha, enormemente triste, sentía ya la formidable lasitud, que hace temblar el rosal pensante, bajo el insoportable enojo de la inercia;

y, mi voluntad, emocionada, imperiosa, hacía señales de partir hacia la vida, hacia la acción, en un bello gesto de sueños realizados;

y, de las claridades desmesuradas del futuro, una grande una inmensa esperanza, caía sobre mi corazón, abierto como una flor;

mi madre había adivinado mi amor, y la delicadeza exquisita de su alma maternal, supo adornar de flores el reposorio de mi corazón; acaso pensó también que bajo la bondad acariciadora de sus ojos, ese amor sería más puro, y que un deber moral, le mandaba velar por aquella niña sin madre, abandonada, desarmada ante la pasión violenta que inspiraba a su hijo;

ello es, que Amelia por llamamientos de mi madre, se hizo más asídua en casa, y que era allí, mientras mi madre bordaba tras de los emparrados que guarecían el corredor, que nosotros platicábamos en el jardín, entre los rosales tupidos a la orilla del río profundo y traidor que corría a nuestros pies, con perfidia silenciosa, bajo el estremecimiento de los follajes, en la paz atenta de las cosas;

dulcemente, devotamente, castamente, yo le tomaba las manos, mientras caía a mi lado como una cascada el oro fúlgido de su cabellera que fingía en las blancuras del traje un resplandor de luna sobre la nieve casta;

en la violencia aguda de mi deseo, yo quería despertar su alma para el amor feliz, su alma blanca, que parecía la muerte, su alma triste que parecía el dolor;

¡oh, la sonrisa inenarrable de sus labios evocadores de la pena, cuando yo le hablaba de nuestra felicidad futura y alzaba ante ella el miraje de nuestro amor poderoso y triunfador en los campos sonrientes de la vida;

y, me estremecía ante el silencio de esos labios, de los cuales no salía un grito de esperanza, y yo sufría de la desolación que castigaba tan rudamente aquella alma amada;

¿por qué no creer en la ventura?

¿por qué no abrir su corazón a la magnífica esperanza que brilla como un sol y designa más allá del dolor, el camino de la salud, en la gloria triunfal del esfuerzo, o los grandes silencios del ensueño, los limbos iluminados del ideal?

¿por qué cerrar los ojos al deslumbramiento de la ventura desconocida, en las extrañas decoraciones, y las solemnes magnificencias, que el deseo de los corazones alza en los horizontes flotantes de la fantasía?

¡oh, lo que yo sorprendí en sus ojos, en el misterio enloquecedor de sus pupilas de abismo! ¡oh, es algo sombrío, cambiante, inasible, que pasaba por ella como un reflejo terrible, como una serpiente de esmaltes, en la serenidad de un campo de rosas!

mi mirada, sondeadora de almas, no podía asir nada *de eso*, en el fondo de la suya, sin embargo, tan transparente y tan pura

cuando se alzaba hacia mí en un vuelo de éxtasis;

su rehusa a creer en la ventura, su melancolía brumosa, me invadía también y después de haber vaciado la urna de nuestras confidencias, como rosas tristes de adoración, sobre las cuales habían cantado nuestras almas como dos ruiseñores en delirio, nos abrazamos como para sentir unidos nuestros corazones, y uníamos nuestros labios como un secreto ante la quietud de los campos próximos, solemnizados por el rumor inmenso de la noche, y el fragor distante de los torrentes...

y, en esa hora magnífica de tristeza, llena de encantos, en el semisilencio que subía hasta nosotros y ahogaba la cadencia de nuestras voces en su duelo solemne, lágrimas consolatrices y purificadoras caían de nuestros ojos;

y, nuestras melodías pasionales, subían en el silencio como una melodía de pájaros perdidos en la noche.

no se escapa a la fiebre del Arte, si se lleva en sí;

el espectáculo de la naturaleza se refleja en cada organismo según el grado de su propia sensibilidad;

la acuidad de las emociones sentidas, marca el número de fibras heridas, es decir de sensaciones despertadas en el alma, al contacto de la Belleza;

es la vibración de esa sensibilidad, lo que marca la conciencia artística;

y, el artista nace y se revela todo a ese contacto, con su alta y segura apreciación del conjunto, su percepción patética de las cosas, la intensidad de sus sensaciones, su emocionalidad rara y casi dolorosa, su facultad prodigiosa de percepción y producción casi simultáneas, con una fecundidad de alma pánida, un acervo inmenso de sordas energías, y una concepción armónica y rigurosa, de todo cuanto se debe a la santidad y a la inmortalidad del Arte, la única forma de representación y traducción pura y noble de la Vida;

el contacto con la naturaleza, es decir, la reacción del medio, empezaba a despertar en mi alma emociones nuevas, una manera

nueva de sentir esa naturaleza, una sensibilidad nueva y aguda para amarla, una fuente nueva de emotividad, como si el corazón de la tierra se revelase hasta palpitar acorde con el mío, y el alma de la vida me hablase al oído, como la serpiente aquella que lamía los de Casandra, en el tiempo de Apolo, por cuya divina revelación, la profetisa supo el mundo de las armonías;

¿qué es una vocación? la revelación de una conciencia;

fué del fondo de mis tristezas profundas, de la tortura de mi vida sentimental, que brotó en mí, el sentimiento del Arte, como una fuente cristalina en los flancos de un monte virgen;

fué en mi aislamiento taciturno, cuando solitario paseando pensativo en los campos desiertos, veía florecer para mí sólo el enojo, enflorando la campiña, que mi alma crispada bajo la mano brutal de mis sensaciones, comenzó a abrirse, a destenderse, ante la calma augusta del campo, a sentirse turbada ante la pureza infinita de los horizontes, maravillada ante el sagrado esplendor,

que se desprendía de todas las cosas iluminadas para mí de una nueva luz;

gradualmente mi tristeza se diluía en una calma melancólica, que no carecía de encantos, y quedaba horas enteras extendido en el llano, mirando los horizontes movibles colorearse y palidecer en gradaciones lentas de luz, que prismatizaban los paisajes, evaporándolos en una poesía intensa de sueño, descolorándolos en opulencias aéreas de miraje...

el alma campesina de mis abuelos se revelaba en mí, viva y perdurable, por el amor loco a la naturaleza;

pero lo que en ellas era acción, era en mí, contemplación;

yo he sido y soy un contemplativo;

la brutalidad de la acción me lastima hasta la sensación del dolor;

mis manos mismas no parecen ser hechas para las asperidades potentes del trabajo; son manos de idealidad; hay manos artistas, manos diáfanas evocadoras;

viendo ciertas manos se siente la impresión de la armonía y de la luz; hay manos

armoniosas, y manos luminosas; la mano de Miguel Angel era redonda y gruesa como la pata de un paquidermo, la de Giotto, era pequeña y pálida como una pluma de ánade; Wagner, tenía la mano velluda y fuerte, como una garra de león; la de Listz evocaba las cuerdas y la forma de una arpa; Paganini, tenía manos excepcionales como su genio; el violín quedó huérfano de ciertas notas; el día que la muerte inmovilizó para siempre aquellas manos maravillosas;

yo tenía ya el culto y la admiración de mis manos; mi madre me sorprendía atento, mirándolas, cual si esperase ver salir del fin de sus dedos largos y, pálidos, cálices de rosas mágicas, o rayos blondos de luz;

la sangre robusta y campesina, la espesa sangre patriarcal, vino generoso de la vieja cepa bárbara, empobrecida y debilitada en mí por las herencias maternas, por la vida sedentaria y meditativa, se hacía tenue, casi opalina, al circular por las venas de aquellas manos que tenían opacidades y trasparencias de alabastro;

¿por cuál disgregación o desviación de las

fuerzas primitivas de la raza, o por cual armoniosa transformación de leyes atávicas, yo el heredero de esos hombres rudos, héroes de acción puramente animal, nacidos y vividos en el movimiento sin tregua, era un soñador, un especulativo, un inerte, al cual el más pequeño esfuerzo físico le causaba una aversión intolerable?

esta autopsicología, esta autoquímica de mi alma, no me preocupa ahora; constato el hecho, no lo analizo;

los fenómenos de mi vida interior, visibles a la intensa acuidad de mis ojos espirituales, desarrollaban mi visión interna, dejando ver al desnudo mi alma en formación, ya ondeante, inasible, soberbia y tempestuosa, violentamente orientada hacia los lejanos y buiméricos horizontes de la idealidad;

mi espíritu subtilizado en la soledad, fatigado de girar en un círculo restringido de ideas, tornó por ley de regresión hacia el amor desmesurados de la Naturaleza, que había sido el dios de mis abuelos;

y, la vi y la amé con *conciencia artística*, la más alta conciencia que el sér humano

puede sacar de las profundidades de sí mismo; la conciencia heroica y voluptuosa, la sola que puede abarcar el conocimiento de la realidad y del misterio y acercarse con alas impalpables, el gran desideratum de la Vida;

ellos habían *mirado*, con amor la naturaleza; yo la veía; ellos la habían amado; yo, la comprendía; toda la pasión animal de aquellos hombres de trabajo, se hizo en mí pasión intelectual, admiración de pensamiento; el corazón de la raza vibraba en mi cerebro; el amor violento y confuso de aquellos hombres de la gleba, por su madre Tierra, esplendorosa, se hizo en mí un amor intelectual intenso y alto, una atracción magnética que me llenaba de impresiones desconocidas, de motivos de pensamiento, de amplias y sonoras sensaciones luminosas;

y, mi alma, inclinada a la contemplación en el seno augusto y sereno de la soledad vió surgir ante ella la visión grandiosa del Arte, alzándose del fondo mismo de las cosas que miraba; y, fué hacia ella;

la Naturaleza, se reveló a mí con su seno

repleto de bellezas, y mis ojos ávidos de mirar, miraron la maravilla de las cosas, que se extendían ante mí, confusas, imprecisas y radiosas, como la visión tierna de un gran cuadro mural, desvanecido por el tiempo;

¡oh, el alma eterna de las cosas, más complicada que las cosas eternas del alma!

una tenaz exultación de la materia, un amor, un designio generoso de despertar a la vida el corazón inanimado de la tierra, me poseyó; y, me embriagaba de luz, ante los paisajes abiertos a mis ojos, y permanecía como ciego, deslumbrado, extático, ante la visión fulgurante de la luz, que incendiaba los horizontes desmesurados;

fuí un enamorado del paisaje; el verde se hizo el punto de partida de todas mis sensaciones, la óptica se hizo el receptáculo de todas las emociones de mi cuerpo;

mi alma se incendiaba, de un incendio interior, como por el soplo de una gran llama divina;

y, una gloriosa Epifanía se hizo en mí; y, ante la visión del Arte, que abría el infi-

nito de sus cielos a mis ojos, mi alma quedó como una esfinge pensativa, con las alas aprisionadas, ante los soles inconmensurables, que iluminan la visión alucinante del desierto;

y, mi alma quiso ir hacia la inmortal Belleza, en un vuelo perdurable hacia la Gloria;

ser un animador de la Naturaleza inerme, un hacedor de alma para las cosas, un evocador de la vida, en la muerte aparente de tanto sér inanimado que no espera sino un beso de amor para vivir: he ahí el sueño que me aprisionó;

inmovilizar por el pincel lo que mis abuelos embellecieron con sus manos; resucitar por la magia del color, lo que ellos fecundaron por la fuerza del sudor;

pintar con mis manos lo que ellos decoraron con la suya; inmortalizar lo que ellos amaron; ser un pintor, he ahí el anhelo que surgió súbitamente en mi alma;

y, fuí el prisionero de mi sueño; Delia me alentaba en este vuelo de fantasía, y secundaba mis coloquios de adoración al Arte,

con la sinfonía ingenua y suave de sus palabras, cuando lentamente recorríamos los campos ebrios de amor, y ella, como una hada pensativa, extendía como un fluido en torno suyo, el esplendor de su belleza boticeliana, que parecía hallar su cuadro natural en el paisaje de gracia agreste y de melancolía suntuosa que nos rodeaba...

exuberante de gracia y de bondad me escuchaba arrojar el germen de mis idealidades, sobre el surco abierto en mi corazón, sobre el cual cantaba mi alma, como un pájaro extático en la apoteosis del sol;

al contacto de mis sueños, su rostro se animaba, con una vida luminosa de transfiguración, y se hacía más grave su belleza de eternidad, belleza áurea y frágil, hecha como para no inmovilizarse en las cosas precarias de la vida;

y hablábamos entonces de cosas altas, vagas y deliciosas, saturadas de tristeza, puras como su corazón, blancas como sus manos sensitivas, sus manos exquisitas que estrechaban suavemente las mías;

¡sus manos eucarísticas, como hechas de

anémonas y esencia de jazmín! sus manos de belleza extraordinaria, flores de Piedad y de Perdón, manos hechas para cruzarse extáticas sobre el pecho o juntarse férvidas en la plegaria; ¡manos de adoración, manos de éxtasis, hechas para alzarse temblorosas ante Dios, pero no hechas para retener ni para encadenar!

manos para la ofrenda y el incienso, reacias a la caricia y al amor;

¡manos inolvidables! ¡oh, manos adorables!

¡oh, el prestigio sagrado de las manos! ¡las manos que son rosas, las manos que son lirios, las manos que acarician como una bendición! las manos de la madre, las manos de la amada, las manos que en el cielo sereno del Silencio diseñan un gran gesto de Paz y de Perdón.

TAYLOR INST. OXFORD

*

Físicamente, yo era un adolescente delgado, pálido, demasiado alto para mis diez y siete años, con un rostro demasiado serio, demasiado melancólico, con una rara melancolía estremecida y vibrante, que se extendía por todo él como una emoción, y se refugiaba como en un foco lunar, en los ojos meditativos, profundos, obscuros, entre el espeso cerco azul que los rodeaba como un disco tenebroso y la sombra de las pestañas, negras como la cabellera desordenada y recia que caía habitualmente sobre la frente;

no era ese el tipo sanguíneo, fuerte, algo montaraz que mi padre hubiera deseado, para la perpetuación de su raza;

de ahí, que su amor hacia mí, cuyo temperamento físico y moral, era una gran desilusión de su espíritu, estuviese saturado de esa especie de conmiseración tierna, que se tiene por los hijos enfermos o deformes;

yo, era para él, un enfermo, y él, sufría de esa desgracia.

nuestros corazones estaban juntos por el nexo de la raza, pero nuestras almas estaban distantes, tan distantes, que no alcanzaban a columbrarse;

no pudiendo estar permanentemente conmigo, sabiéndome absolutamente inapto para las faenas del campo, me dejaba confiado al amor de mi madre, libre para la elección de una carrera, seguro de que como él decía, refiriéndose a nuestra cuantiosísima fortuna: siempre tendría con qué vivir, sin preocuparme de trabajar ni de estudiar;

así cuando mi madre le participó mi deseo de continuar en casa mis estudios de dibujo ya muy avanzados en el colegio, y de dedicarme por completo a la pintura, accedió gustoso, como hubiera dado gusto a cual-

quier otro de los que él creía capricho de mi temperamento enfermo;

mi madre fué feliz de esta resolución, que no le arrebataba de nuevo a su hijo, para llevarlo a un colegio, y Amelia a esta noticia, demostró por primera vez que un rayo de felicidad inundaba su alma;

mi vida tomaba así, un esplendor nuevo, una orientación mejor hacia destinos más altos;

bien pronto el maestro, que debiera hacer la labor de mi cultura artística, fué hallado;

era un viejo pintor italiano, que ambulaba por aquel entonces, en las capillas y pueblos cercanos, restaurando cuadros de innobles advocaciones que el pueblo aureolaba de milagros, poblando de mudas evocaciones de belleza, iglesias rurales, donde no se posaría nunca la mirada de un hombre consciente embelleciendo con creaciones maravillosas muros humildes de oratorios agrestes, alzados a la vera de caminos solitarios, o sobre los picos enhiestos de montes dormidos

bajo las tempestades, y poblando las naves de templos superandinos, con admirables reminiscencias de Siena y de Volterra;

este pintor errante, gastaba en las desgracias estériles del exilio, las energías de su alma helénica, su caudal prodigioso de ciencia pictural, que ejercido en plena barbarie, iba como un río desconocido, camino del desierto hacia la muerte;

nada más conmovedoramente pintoresco, que su aspecto de filósofo troglodita que recordaba a las mentes menos avisadas, las figuras de los pintores trashumantes del Renacimiento;

con su vestido de pana azul, descolorado por las lluvias y su gorra de paño inclinada sobre la oreja, semejaba un artista bohemio del *Quartier latin;* pero la gravedad impasible del rostro, las hondas arrugas, la luenga barba inculta, le daban tal aire de austeridad, que inspiraba respeto; en su frente había como un resplandor de ergástula ascética;

imagináos algo del faunesco rostro verlainiano, y la hirsuta melancolía brumosa del

de Tolstoy, y tendréis una idea del de este viejo pintor, pero con rasgos acentuados de fuerza que no tuvo nunca el autor del «Relicario», siempre en lágrimas, y una expresión de implacable rencor, que no tiene nunca la mirada nebulosa y contemplativa del Apóstol Sarmata;

no era sólo un pintor admirable de rara erudición pictórica, un conocedor consciente y profundo de los grandes maestros de todas las edades, un técnico poseedor de los secretos de la línea y el color, de los elementos constitutivos de la luz, del análisis de las tonalidades, y el contraste armónico de las coloraciones; era un tradicionalista y en modernista al mismo tiempo;

como todo artista genial, era un innovador; su técnica sabia lo impulsaba al amor de las formas exactas del dibujo impecable, sin el cual la pintura no es sino una aberración de colores y una danza macabra de líneas; pero, como era antes que todo y por sobre todo un gran sensitivo, un gran poeta, en él, cantaban los colores con una vibralidad atmosférica luminosa;

todo en él, era ritmo, armonía y ondas sonoras;

era una grande alma lírica, perdidamente enamorada de la luz;

el Arte era a su cerebro, una inmensa sinfonía lumniosa, una vasta tela de claridad, donde el dinamismo universal, los organismos todos de la vida, estaban animados por un ritmo continuo de gamas cromáticas intensas; era un primitivo y un impresionista al mismo tiempo; pero más que todo, era un aislado, un revolucionario a lo Gauguín;

tenía la ferocidad concentrada y agresiva de Vinci, del cual se proclamaba discípulo y con el cual conservaba una vaga semejanza en los extraños ojos amatistas y el corte de la barba nazarena;

desterrado, desdeñado, humillado, perdido en su mundo interior de colores, aquel gran sublevado, vivía el sueño de sus propias visiones versicolor y tumultuoso, fuerte en la nobleza desmesurada, en la desesperación altanera de su alma, condenada a todos los silencios, por la depresión afónica del medio moral en que vivía, carente de ondas sonoras,

para la repercusión del pensamiento, en las formas grandiosas del Arte;

nacido en Toscana, como el terrible Alighieri, del cual tenía el alma soberbia y vindicativa, habiendo crecido en los mismos lugares que inmortalizó el teólogo lírico, era como aquel doctor místico de la rima, un alucinado, un revolucionario y un poeta;

había esparcido la fuerza y el ardor apasionado de su espíritu, ya en prosas de polémica magistral, que recordaban los incendios apocalípticos de Alfieri, ora en poemas de exquisita factura, que tenían en su mágico encanto la pureza de líneas de un olivar toscano, la misteriosa diafanidad del cielo florentino y la fluidez taciturna, la iluminación tierna y roja, que da un sol de estío, sobre la colina clásica de San Miniato;

expulsado de su país por cosas revolucionarias, porque era un anarquista, uno de esos niveladores y destructores, sacerdotes del gran Enigma, apóstoles de ese nuevo Cristo, que avanza lentamente por sobre el mundo en ruinas, de esos mártires que el mundo ejecuta hoy, y que adorará mañana,

cuando de nuevo los patíbulos donde expira la Verdad, se tornen en señales redentoras y glorias del altar; uno de esos héroes hechos para subir a los pináculos sangrientos, donde esperan su hora, incomprendidos, resignados, sonrientes ante la plebe bárbara y el pretorio en furia, resignados y sublimes, suspendidos en su agonía sobre la cima sangrienta, en el claro obscuro de la Historia, en las soledades hostiles, donde se agoniza sin aureolas y se muere sin gloria ante los hombres y los cielos impasibles, sin un estremecimiento de Apoteosis...

sin patria, sin familia, peregrinaba por América, en espera apasionada de triunfos que juzgaba ciertos, engañando su ardor febril, con ejercicios de arte, en los cuales, como un nabab disfrazado de mendigo, dejaba caer la pedrería mágica de sus creaciones como un cofre de perlas sobre los pueblos bárbaros, recorriendo a pie los caminos intransitables, decorando templos y pintando santos, bajo la mirada de curas intonsos, que hacían observaciones al encanto singular de sus madonas que habría firmado Sanzio, y

a las coloraciones de sus ángeles estáticos, que habría tomado por suyos Cimabues;

tendiendo a revelarse a sí mismo, en las en que la creación inmóvil de su pensamiento, reflejaba, con el *poder* consciente de su potencia creadora, el estado doloroso y atormentado de su alma; trabajaba en secreto, por sus sueños infinitos de reivindicaciones definitivas;

todas sus creaciones, agitadas y múltiples, tenían, aún en el éxtasis, no sé qué gesto heroico, qué soplo de idealidad indómita, como si en los ojos torturados de los mártires, extáticos de voluptuosidad, en las pupilas de sufrimiento voluntariamente ciegas al alivio, en las miradas de los supliciados, rebeldes a impetrar misericordia, corriese un extraño estremecimiento de revancha, un soplo de esperanza exterminadora, un sombrío, febricitante paroxismo de venganzas lejanas...

todos aquellos santos tenían intensos gestos rebeldes, bajo la unción de sus miradas beatíficas, de sus halos de glorificación y de las

coronas que nimbaban sus frentes de grandes elegidos de la Historia;

de sus madonas a sus mendigos, todos tenían ojos misteriosos, interrogadores, llenos de una intensidad devoradora y alucinante, y rostros exangües de vigilias, de maceraciones, de expectativas desesperantes, rostros de una lividez de celda, de ergástula y de patíbulo;

tal Cristo suyo, clorótico y demacrado, bello como el Cristo de las tardes de Emmaus, bajo el torrente de cabellos negros, sombreando su frente angosta, haciendo más profunda la mirada casi agresiva de sus ojos inmensos de zafiros, daba la impresión de un agitador de muchedumbres, de un revolucionario arengando a la plebe, sembrando la conmoción, haciendo germinar las grandes justicias, al soplo de su palabra profética, sembradora de la tempestad en el espacio... y, blanco y lívido, en su demacración de hambre y de vigilia, que dibujaba su cuerpo oseoso, tras de la túnica casi harapienta, era bajo la noche de sus pensamientos y de su angustia, la encarnación tan-

gible del pueblo, de la grande alma colectiva y dolorosa: la Humanidad hambreada y miserable;

sus ángeles eran tristes, como bellos hijos de mendigos, abriendo sus ojos tiernos sobre el mundo hostil a su miseria; flores de hambre, cándidos y febricitantes, que daba pena contemplar;

sus vírgenes, eran tristes, graves, meditativas; flores de nácar bajo cielos de otoño, con delicadezas tenues de juncos inverosímiles, y en sus ojos de esmaltes, quietas, impenetrables, como una agua muerta, pasaba el estremecimiento de un lago, profundo y voluptuoso delirio de dolor, una mareante ondulación lívida, como de grandes olas de cenizas, cual si todos los volcanes ocultos de la tierra, humeasen y llameasen en la serenidad pérfida de aquellas pupilas húmedas y glaucas... y, el águila teologal de las grandes revelaciones, parecía opiatizada o prisionera de aquellas bocas pálidas, desdeñosas, sobre cuyos labios sinuosos y delgados como una interrogación, parecían ha-

berse posado las cien alas silenciosas y enormes del Enigma...

. . . . . .

y, ese mismo soplo de revelación heroica que animaba sus creaciones picturales, pasaba engrandecido, por los períodos de su prosa musical, ardiente y sonora, llena de un poderoso aliento lírico, del cual emanaba un encanto de fuego, como el del Vesubio ardiendo bajo el cristal sereno de los cielos opulentos;

todo el hechizo contenido en las formas silenciosas de sus cuadros, estallaba como una armonía innumerable, en los ritmos de sus palabras, reveladores de todo el poder divino de la música verbal;

era el cautivador;

sus escritos, truncos, como grandes bloques marmóreos, tenían la elocuencia sagrada de un himno guerrero; era un clamor bajo las estrellas;

en esta transfiguración de su genio irradiando en la prosa escrita, resultaba ser un profeta, en cuya floración gigantesca de sentencias, parecía condensado el sueño de todos

los visionarios, a quienes les fué dado el don divino, de adivinar y decir al mundo los destinos de las razas, y hablar en las horas cíclicas de la Historia, clamando sobre el frenesí de los pueblos en derrota;

era un Poeta enorme y desconcertante, cuyas creaciones daban el vértigo del abismo y de las cimas;

sus frases contorsionadas, semejaban restos de una convulsión planetaria, fragmentos de un desgarramiento geológico, vistos a la luz espectral de un sol de apocalipsis;

estaban dotados de una tan fuerte Belleza, de una musculatura talmente vigorosa y hercúlea, de tal intensidad de visión, de tal fuerza adivinatoria y profética, que de Isaías a Píndaro, y de Píndaro a Hugo, la fuerza terrible de las cosas ocultas y divinas no había sido cantada igual, ni la cristalización de la cólera ígnea fulguró mejor que en estas estalactitas milagrosas, que como un pórtico de fuerza, alzó la fiebre lírica del genio, en la frontera misma del prodigio;

leyéndolo, los espíritus débiles debían sentir la impresión del anonadamiento, y ple-

garse, como un zócalo demasiado débil, bajo el peso de una estatua...

las bellezas del estilo envolvían y adornaban aquellas imágenes de la fuerza, como la hiedra enredada en el pecho de un centauro, como briznas de helechos en las melenas de un león que ha atravesado la selva, como hace la arena brillante del desierto, manto de oro, sobre las alas plegadas y la grupa opulenta de la Esfinge;

era un evocador y un dominador;

fué para mí el Iniciador;

fué con un golpe de su mano de titán, que abrió ante mí las puertas áureas del templo del Arte, esmaltadas de las siete gemas simbólicas, y me mostró, allá, en la penumbra sagrada, erectos en su inmortal blancura, los altares luminosos de la Verdad y la Belleza;

y, fuimos hacia ellos;

como de una crisálida informe, mi pensamiento, nació, surgió, se alzó en espiral de mi cerebro al influjo de aquellas palabras acariciadoras y luminosas;

todo lo que de noble había en mí, se movió

armoniosamente hacia la Verdad, y hacia la Belleza, súbitamente orientado por la potencia mágica de aquel verbo, después del cual yo no he sentido la palabra hablada, tener igual imperio en otros labios humanos...

. . . . . .

y, fué en el campo, en el divino silencio de las tardes serenas y calmadas, en las horas reflexivas y graves del estudio, bajo la mirada inquietante de sus ojos azules y fríos de una dureza luminosa de esmalte, que mi espíritu tuvo la revelación y la visión de las cosas profundas de la naturaleza, y el sentido de la vida le fué revelado;

aquel sér, todo de energía y de venganza, aquel apasionado del rencor, se dulcificaba como por encanto, se desarmaba al contacto con la belleza inerme, impecable de la tierra, se transfiguraba ante ella, cual si sintiese la divinización súbita de una alma y de las cosas surgir en ese contacto, al juego de los colores, a la vibración de las ondas luminosas, que radiantes y difusas, se extendían sobre la limpidez de los horizontes,

haciendo brotar, como de un ofrendario misterioso, mil bellezas ocultas, de los senos recónditos del campo, cuando en peregrinación artística íbamos por los senderos, buscando, con ojos inquisidores de Belleza, dónde poner nuestros caballetes y alzar nuestro taller de pintores ambulantes;

el verde armonioso, interminable de las praderas místicas; la línea sinuosa de las cordilleras multiformes, en su unión difusa con las nubes; la serenidad aérea, casi irreal, de los horizontes, interrumpida a veces por el estremecimiento de vuelos lejanos;

los lagos especulares, hechos negros bajo la sombra violácea de los cipreses del llano; la prismatización de los paisajes, delatándose en la visión hasta las opacidades del ensueño; la gradación lenta y sabia de la luz, sobre el declive abrupto de los montes; la tenuidad de sus matices en la lenta infiltración por los ramajes obscuros; la forma y el espíritu mudos y latentes de los seres inanimados y dispersos, llegaban a su alma engrandecidos por la intensidad luminosa de su visión artística y brotaban de su paleta

divinizados por la ejecución magnífica de su genio;

y, yo seguía con ojos de alma, sus vuelos atrevidos por los cielos del Arte, en su doble orientación hacia la Verdad y hacia la Belleza, que eran los polos inmóviles, sobre los cuales se apoyaba su vida toda, su grande alma de artista y redentor;

y, en una genésica aspiración cariñosa, él trataba de crear en mí una alma nueva, queriendo hacerla como la suya, suntuosa de Belleza y de Idealidad, flameante de fuego interno, inexorablemente orientado hacia el sacrificio, hacia la energía y hacia la acción;

y, se empeñaba en modelar en la cera de mi temperamento mórbido, las creaciones hercúleas de sus mármoles heroicos;

y, deseando sentirme inflamado por sus revelaciones, agitaba ante mí la antorcha rojiza y crepitante de su verbo, la fogosidad intensa de sus visiones, que daban la impresión de un tropel de leones escapados de un incendio, de un combate lejano de olas en la sombra;

¡oh, las grandes y bellas cosas de que me

hablaba gravemente, largamente en las grandes tardes apacibles, en que el encanto muelle de una dulzura primaveral, como embriagado por un filtro de divinas indolencias, por el sortilegio extraño que parecía alzarse del silencio y de las aguas, mi alma bogaba en el mar voluptuoso del ensueño, mientras él la llamaba con llamadas desesperadas hacia las grandes emociones de la fuerza, de la lucha, y de la vida;

y, mientras envuelto en las nubes de sus cóleras, como en un manto de fuego, él me mostraba en los cielos lejanos, negros por el horror de las tormentas futuras, las estrellas aun pálidas de las liberaciones humanas, mi espíritu, sordo a los gritos de la fuerza, iba por otros cielos, buscando a través del misterio de las nubes, las luces blancas que como asfódelos de perla, anuncian en la bruma nostálgica el país glauco del Ensueño, por cuyas costas de contornos suaves, pasa el amor en un largo estremecimiento, con caricias de ondas de ópalo, bajo cielos florecidos con azahares de luz;

su alma sagaz y penetrante no tardó en

comprender que tenía entre sus manos el alma inerme y maleable de un soñador, adusto y despótico, pero rebelde al sacrificio, ajeno al amor tormentoso de las multitudes, y se dedicó a cultivar en mí el artista exquisito, que según él, debía ser yo;

su filosofía asoladora no halló nada que destruir en mí; pasó como un viento sobre el desierto, sin ajar ninguna flor; aquel gran soplo, destructor de quimeras, no halló nada que tumbar en mí, todo estaba caído; mi alma no era un templo en ruinas, era simplemente un templo sin deidades; ni fragmentos de estatuas olímpicas, ni torsos de dioses contorsionados había en ella; allí no había dios;

la sombra del mito formidable, no extendía allí sus alas de quimera; las murallas de mi fe no podían quebrantarse y caer al grito poderoso de aquella voz libertadora, por una razón muy sencilla: yo no había tenido nunca fe; yo había practicado y continuaba en practicar, la religión de mi madre; nunca había preguntado a las imágenes mudas, cuyo

simbolismo no penetró jamás en mi corazón, el por qué de sus actitudes dolorosas, ni el por qué de su adoración; esos mitos inermes sin aureolas, pasaban ante mí, ofendiendo mis pupilas con la cacofonía de sus colores, y martirizando mi noción innata de la belleza, con el horror de sus figuras antiestéticas, pero, sin decir nada a mi alma, sobre el sentido oculto de su mitología, sobre el sol de verdad que pretendía ostentar en sus coronas de talco; ni yo me preocupaba de interrogarlos; la indiferencia religiosa, es más fatal a las creencias, que la negación absoluta; la negación supone un fervor, el fervor de destruir y de crear; la indiferencia no supone nada, sino el desdén, un desdén insultante y abrumador, para las quimeras y aparatos decorativos de la fe; la negación es un entusiasmo, indica siempre una fe en sentido contrario; la indiferencia no indica nada, sino lo innecesario, la inanidad, la imbecilidad de las cosas de la fe; la negación es una pasión; la indiferencia no;

un irreligioso es siempre un creyente; un indiferente no; el irreligioso persigue y des-

truye, porque tiene ideales nuevos, creencias nuevas, necesidad de crear y deformar; el indiferente no destruye porque no cree, y como no cree no tiene el ideal de crear; de un irreligioso puede hacerse un creyente; de un indiferente jamás;

la indiferencia no es la muerte de la fe, es la absoluta inaptitud a producirla; es la incapacidad de creer; los negadores son grandes apóstoles; pero, sólo los indiferentes son grandes filósofos;

la filosofía es la Indiferencia; Epitecto es su profeta; la irreligiosidad es un Ideal; la indiferencia es un temperamento;

nada igual a su asombro cuando pudo, inclinándose sobre mi alma, ver en ella la absoluta desolación, la absoluta esterilidad, de cosas de la fe, y no escuchó salir de ella el grito humano, ese grito de impetración a lo infinito y lo absoluto, que sale de todas las almas y va clamoroso, en un vértigo de esperanza, hacia los cielos desiertos donde impera la impenetrable Nada;

y, él, el gran negador, retrocedió asombrado; su entusiasmo heroico, no comprendía

la Indiferencia; creer, creer, era para él, una necesidad; creer, una forma de amar, amar la única razón de vivir; su alma vibrante y lúcida, dada a todos los esfuerzos y todos los heroísmos, no comprendía esta quietud ambiente, sin los delirios de la destrucción, sin la fiebre ambiciosa de las liberaciones humanas;

apasionadamente, tiernamente, miró en mí como en el fondo de una agua profunda, y mi alma toda le fué revelada, y visibles se le hicieron los rincones más recónditos de mi pensamiento, y vió con asombro, como en el fondo de una barca de mármol, unida, sólida, inquebrantable, la Indiferencia, ser el fondo, todo el fondo de mi alma;

indiferencia religiosa, indiferencia política; un desdén que era casi una náusea, por esos tumultos imbéciles creadores de ídolos y de amos, exultaciones fanáticas, obstinaciones viles e inútiles, apoteósicas de divinidades sangrientas y de humanidades sanguinarias;

un desprecio abrumador por los dioses y los hombres;

—¿Y el pueblo?

—Una creación, quimérica, como Dios.

—¿Y, la libertad?

—Una exploración vil como la religiosidad;

y, el viejo pintor, retrocedió herido de dolor ante el abismo de aquella alma, que como una rosa muerta no exhalaba de sí, el inmenso perfume de los inciensos divinos y de las grandes cosas humanas; alma insonora, sin la vibración de los grandes himnos con que las religiones han llenado el mundo y sin la repercusión de los grandes gritos con que las multitudes han llenado la historia; alma cerrada a toda emoción colectiva, aislada en sí misma como en los jardines mortales de un Sión crepuscular;

y, aquella alma de acción miró aterrorizada aquella alma de meditación, que a su vista reculaba en la sombra milenaria, allá muy lejos en soledades estelares;

no creer en Dios le parecía lógico;

no creer en el pueblo le parecía absurdo;

no perseguir la religiosidad le parecía cobarde;

pero, no servir la libertad le parecía vil;

amarse a sí mismo, más que a la Humanidad le parecía un crimen;

¿cómo podía vivirse así fuera de la lucha, es decir, fuera de la vida?

¿cómo no vivir para los otros? fuera del gesto heroico no había grandeza; el sacrificio es la ventura;

luchar es vivir, decía él;

pensar es vivir, decía yo;

y, él escuchaba bien el desbordamiento de vida que había en mi cerebro lleno de pensamientos bellos e inexpresados, tendidos como una plegaria hacia las más altas formas de mi vida...

vió que mi cabeza desgraciada y pensativa, se alzaba en la bruma de mis sueños como una interrogación, como una gran rosa blanca, cargada de deseos...

y, comprendió en mí, que había un culto más alto que la Libertad, y el de la Religión; el culto del Arte; y se inclinó ante él, ante mi heroica juventud, resuelta a dedicarse a ese culto, vivo en los esplendores del pasado, y que, por el ritmo ideal del so-

nido, del color y de la forma, ha sostenido en el mundo el culto ideal de la Belleza;

y, así, mi alma de soñador vivió libre cerca al alma de aquel luchador que tenía el atractivo poderoso, irresistible de los mares;

y, nuestros sueños infatigables siguieron sus vuelos paralelos en la inmensidad, por sobre el vacío y la sed de nuestros corazones desolados en su mendicidad, por sobre la miseria de nuestras almas supliciadas, en su esfuerzo generoso hacia las cimas del Ideal;

y, escuchábamos en el silencio, con los ojos desmesuradamente abiertos hacia la Verdad;

el dolor, es el corazón del Arte.

*

A pesar de ser yo un cerebral, en quien el corazón no existía, al decir de mi Maestro o residía en el organismo en la triste condición de víscera atrofiada, mi amor por Amelia continuaba en llenar mi vida de un perfume intenso de casta poesía;

a pesar de no creer con él, que el amor es una prueba de inferioridad intelectual, y que cualquiera que sea la forma de que se le revista, no es más que la bestialidad coronada de flores, yo no era, ni he sido nunca un sentimental;

así como mi infancia pasada siempre en

el campo, mi natural meditativo y una rara natural aristocracia de espíritu me habían mantenido lejos de las promiscuidades y prostituciones en que otros mancillaban su adolescencia, así mi falta absoluta de lecturas pasionales mantenía mi espíritu lejos de las crisis agudas de la sentimentalidad;

la sensualidad, que había de ser el aguijón implacable y el impulso terrible de mi vida, dormía entre las flores de mi castidad, como una pantera atada con un collar de lirios;

mi amor, o mejor dicho nuestro amor, era algo tan ideal, tan puro, tan incorpóreo, que era más bien una fraternidad enamorada, la que florecía sobre nuestros labios y en nuestras almas;

por eso, mi madre que leía bien en nuestros corazones, como saben leer sólo las madres, las videntes dolorosas de la vida, pudo dar amplio campo a la caridad de su corazón, recogiendo a Amelia, y poniéndola bajo nuestro techo, cuando su padre, depuesto por incontinencia, del puesto que desempeñaba, huyó con su querida, ofreciendo volver luego por su hija, que recomendó a mi madre,

con promesas pomposas de pensión alimenticia;

y, Amelia, vino así al lado nuestro, cerca de mí, cariñosa y dócil como una hermana, creciendo en belleza y en bondad, como una gran flor lánguida y efímera, cuyo perfume de suavidad, lejos de hablar a los sentidos, hablaba únicamente al alma, como una vibración de esperanza, algo dulce de ver y de escuchar, algo nacido para probar que la pureza profunda es también una cosa de la tierra;

¡flor extraña y vesperal, con pétalos de muerte y olor de eternidad!

nuestro amor era hecho de respeto, de tristeza y de adoración, talmente puro, que al abrazarnos semejábamos dos hermanos dolorosos, que una igual pena desgarra el corazón;

en un recogimiento común, que era como una evocación de cosas delicadas, ella levantaba a mí sus ojos puros, como dos llamas de cirios sagrados, y me decía, inclinando hacia mí su rostro, que la sombra hacía de una palidez astral:

—Yo sé que el gran soplo de tristeza que nos envuelve, viene de mi corazón; tu dolor soy yo; es el espectro de mi vida, lo que entenebrece la tuya; yo, debiera irme, sí, irme donde mi madre me llama; pero, ¿qué quieres? la alegría me es prohibida; la alegría no está en mi corazón; la alegría es hija de la ventura; la tristeza es la hermana del dolor; mi tristeza contagia tu alma;

yo siento que anublo tu juventud radiosa; el ave divina de la vida que canta en ti, se calla a mi aproximación; ¿es mi egoísmo quien te encadena a mi melancolía? oh, no, es mi amor; es mi amor infinito que me hace vivir; perdóname mi amor;

y, cruzaba sobre el pecho sus dos manos exangües, como dos palmas en cruz;

yo me inclinaba sobre el deseo de su boca, llena de silencios embalsamados, como un prado en flor y estrechaba contra mi corazón el suyo, lleno de espantos dolorosos y permanecíamos así, abrazados como dos sombras, entre el lento desfloramiento de los geranios que le cubrían de pétalos, como una apoteosis de blancuras, menos blancas

que su rostro de camelia, que su cuello frágil y la línea que bajaba hasta el nacimiento de sus senos de alabastro, que temblaban dulcemente, como dos golondrinas asustadas;

yo le murmuraba mi amor con palabras ardientes sí, pero de un ardor tenue, como llamas azulosas de alcohol, sin el rojo de las grandes pasiones carnales, sin el fuego de la sensualidad que quema las flores del Amor como el sol estival de los trópicos marchita y descolora la blancura nívea de los rosales fastuosos;

el calor de mi pasión era temperado, sereno, como el rayo lejano de una estrella, en la opalización difusa de un horizonte inerte;

y, vagábamos así por la llanura, en una melancolía infinitamente dulce, llenos de un amor material por las cosas que nos rodeaban, como magnetizados, hipnóticos, en la calma abacial de la campiña, en el horizonte verde y azul de los montes y los lagos;

y, ella gozaba en permanecer largos ratos

cerca al agua quieta, atornasolada y profunda de los estanques, que como antiguos espejos de acero obscurecidos por los siglos, reproducían en su opacidad borrosa, la silueta blanca y frágil de su belleza hiperdulia, nimbada de asfódelos;

otras veces, mientras el sol vibraba sobre nuestra cabeza, sus más blondos rayos, evocadores de poemas de luz, ella, se acodaba melancólica a la barandilla de un muelle de madera que al final del jardín daba sobre el lago y quedaba horas enteras absorta, viendo el agua inclinada hacia el abismo de las olas, como si éstas la llamasen, con gestos desesperados de amor, como si le gritasen, con vòces misteriosas, de un extraño encanto...

y, quedaba así, inmóvil, como un gran símbolo vencido, pronto a desaparecer bajo las linfas de una fuente sagrada;

—¿Ves? me decía en ocasiones, mostrándome las burbujas azules que hacía el agua en la quietud traidora de sus remansos profundos.

—Esos son los ojos de mi madre; el alma

de ella vive en las aguas, y me llama desde allá; el alma de las aguas es cariñosa y consoladora; es el alma de la quietud y del reposo; mi madre halló en ellos la ventura, ¿por qué temblar ante el espanto de la vida, mientras haya aguas misericordiosas?

y, como replegada sobre su sér interno, callaba entonces, hundiendo su mirada ávida de misterio y de muerte, en la bruma violácea y difusa de las aguas obscuras y profundas;

no se adornaba nunca la cabeza, no ponía jamás sobre su seno, sino flores acuáticas, arrancadas por ella misma de los islotes movibles o los juncales del lago;

y, nunca se mostró más bella, que en esa decoración de aguas, adecuadas a su belleza, donde sus gestos lentos y graves, sus palabras suaves y tiernas, tenían proyecciones y sonoridades extrañas, vaporosa como una evocación divinamente ideal, coronada de nenúfares nocturnos, que semejan ópalos fantásticos en el torrente áureo y fluido de su cabellera astral;

con una sonrisa triste, solía ofrecerme los

nínfeos húmedos que los prendiese a su pecho, después de haberlos besado, con la pasión fraternal de una amadriada besando un silfo marino;

—Son las flores de mi madre; tú no puedes imaginarte lo que gozo cuando tengo las manos llenas de todas estas cosas blancas, blancas como mortajas, decía, rompiendo soñadora, como sonambulizada, las flores tristes, que caían a sus vestidos y a sus pies, como un gran manto lúgubre;

regresábamos a casa, entre el gran soplo de renovación que subía del campo crepuscular, al cielo maravillosamente puro, tratando de acallar nuestros grandes sueños, turbados y dolorosos, mientras la gran luz roja desaparecía del horizonte, y la noche pacífica bajaba del cielo y se extendía sobre los horizontes prodigiosamente lejanos...

*

Una gloria de sol, vino de súbito a iluminar nuestras tristezas, a rarificar el ambiente opresor de nuestras neurosis implacables;

mi madre recibió una carta de uno de sus hermanos, residente en un pueblo de tierras cálidas, anunciándole que su hija mayor, pronta a casarse, venía antes del matrimonio, a pasar con nosotros un mes, para robustecer su salud en un clima frío, y a invitarnos y a hacernos la participación de su enlace;

yo apenas recordaba vagamente a mi prima de tres años mayor que yo, y a quien había visto de niño dos o tres veces durante algunas fiestas de su pueblo natal, y así recibí indiferente la noticia de su próximo arribo;

en la atmósfera de soledad, de tristezas, de turbación, y como de estupor extraño en

que vivíamos, la presencia de un sér nuevo, ajeno a nuestra vida, venía a perturbarnos y a inquietarnos a todos;

y, fuimos tácita, silenciosamente hostiles a aquella que debía venir; teníamos como el pudor y la inquietud de nuestras pobres almas cerradas, de nuestras vidas meditativas y claustrales;

y, mi prima vino;

radiosa de juventud, de belleza, de alegría, su llegada fué como una irrupción de aire y de sol al abrir las ventanas largo tiempo cerradas, del aposento de un enfermo;

su alta talla opulenta, sus contornos bien delineados y fuertes, como una virgen de Tiépolo, en el encanto violento y puramente carnal, que se desprendía de toda ella, la hacía una de esas figuras inquietantes y turbadoras, hechas todas para inspirar el deseo, para despertar aun en las imaginaciones más castas, visiones locas de sensualidad y aun en las bocas más puras de la sed inagotable de los besos; había en la insolencia de su seno florido, en la amplitud fuerte y dura de las caderas, en la pompa estatuaria de la gar-

ganta mórbida, en el rojo sangriento de los labios, llenos de un deseo inconmensurable y en los ojos profundos, llenos de sueños mórbidos y luces misteriosas, tal desborde de vida animal, de voluptuosidad inconsciente y devoradora, que su frotamiento sólo, daba el vértigo en el despertar súbito de todos los instintos dormidos en el hombre;

era más que la mujer, era la hembra, la gran felina, devoradora de hombres, cegadora de aureolas, tronchadora de destinos;

su belleza impresionante, que daba el mareo de los sentidos, no venía de la pureza de las líneas, de la armonía de las facciones, de los matices delicados, y las coloraciones suaves de la piel; no, venía de no sé qué algo indefinible y profundo que se desprendía de ella como un hálito, como una evocación de lujuria, un encanto acre y violento de pecado; de todo su cuerpo la sensualidad se exhalaba como un perfume y como un cántico;

alegre, bulliciosa, infantil, el contento residía en su alma, un contento loco y radioso de vivir;

una bandada de mirlos posándose en un

rosal silvestre, no llenan el campo de arpegios más gozosos, que los que se oyeron en casa, desde el día en que entró en ella esa hada de contento;

y, al fulgor de esa alegría, todo se sintió revivir en aquel huerto de tristezas que era nuestra vida; como una gran ráfaga de gozo, aquella alma sana, alma de bullicio y de alegría, todo lo cambió entre nosotros;

la piedad de mi madre, los estudios míos, la melancolía de todos, se vieron interrumpidos, por un anhelo de locomoción, de diversión, de felicidad que agitaba a mi prima;

había venido a divertirse y entendía llenar al pie de la letra su programa;

excursiones al campo, bailes, juegos, todo lo inventó, y todo lo llevó al campo;

nuestro salón, el pobre salón vetusto y familiar, que no se abría casi nunca, sino para solemnidades de familia, que ya no se celebraban, sintió volar el polvo que lo cubría como los restos descubiertos en un sarcófago que se abriese;

los retratos al óleo, las fotografías descoloridas, los daguerreotipos borrosos, que en

los muros y sobre las mesas, envejecían en una soledad de capilla, vieron de nuevo el sol, su viejo amigo, que vino a jugar en sus marcos dorados y sobre sus rostros graves, con el mismo amor, con que había acariciado sus personajes vivos, en el calor de las siembras, y las reverberaciones de la era;

el piano, un viejo piano que, cuando yo era niño, habían traído para enseñarme la música, sintió otra vez descubrir sus teclas amarillas, como en una sonrisa tardía, los dientes de una anciana que ha sido bella, y notas desconocidas y alegres, volaron de él, como canciones antiguas de la boca de una abuela, en una alegría de Navidad;

los viejos sofás y los amplios sillones se vieron, durante el día, llenos de plumas para sombreros, y de cintas y encajes, desparramados acá y allá, mientras en la noche resistían el peso de las muchachas del pueblo cursis y encogidas, y los mozos crudos y torpes, que unos y otros emperifollados y pomadeados, venían a hacer la visita y a bailar y divertirse hasta horas avanzadas;

mi madre que no salía de casa sino a la

misa dominical, y en las dos o tres, más grandes fiestas del año, se vió llevada de aquí para allá, a visitas y saraos;

pero, su salud delicada, y su tendencia natural a recogimiento, no le permitieron sostener esa vida sino la primera semana; después me tocó a mí llevar a mi prima a todas partes; eso fué creando entre nosotros una intimidad, una camaradería, que fué acabando con mi desabrimiento, mi encogimiento, mi zurdería de mozo esquivo, dado a la soledad y al aislamiento; ella me trataba como a un hermano, sin ninguna de las reticencias, las filimesquerías hipócritas, que son de uso, entre mozos de sexo contrario; me echaba el brazo al cuello aún en presencia de mi madre, y me abrazaba también si en un subido acceso de alegría le venía en mientes;

mi madre, sufría sin decirlo, y ocultaba su contrariedad con la dulzura exquisita que era el fondo de su alma delicada;

el sufrimiento de Amelia, era más profundo, más recóndito, más serio; ella era la única que no se había sentido arrebatada por aque-

lla ráfaga de alegría; con el pretexto de ayudar a mi madre en sus faenas, durante el día, no nos acompañaba a las visitas, ni a los paseos, y con la disculpa de no saber bailar, no concurría nunca de noche a la sala;

siempre correcta, siempre amable con mi prima la ayudaba en la confección de sus trajes y sus modas, sin dejar transparentar, la menor contrariedad;

ésta, reía de su simplicidad, desdeñaba su delicada y pura belleza, y no la apellidaba a ocultas, sino: la tonta;

¿sabía ella nuestro amor?

yo no he podido definirlo, pero creo que lo sospechaba, y reía de él, como de un capricho de niños;

en cambio, conmigo, tomaba actitudes desesperantes, que turbaban profundamente mi sensualidad ya en vela, mi virilidad imperiosa y voraz;

la mujer, tomaba ya a mis ojos, el aspecto temible y terrible de la gran cosa deseada;

y yo, era ya lo que debía ser toda mi vida, el cerebral agudo, el amante de la

voluptuosidad, incansable de caricias y de besos;

el Arte y la Mujer, habían de ser los dos polos de mi vida: ya había hallado el uno, me faltaba fijar en el otro mi equilibrio vacilante;

la soledad hosca de mi adolescencia, que me había abierto los cielos serenos del Arte, y del pensamiento, me había alejado de la mujer; mi temperamento de artista se había despertado frente a la Naturaleza; mi temperamento de hombre de amor, se despertaba entonces, al tacto y al contacto de los encantos carnales de mi prima;

cada vez que al subirla o bajarla del caballo, la exuberancia de sus senos me rozaba los labios, y las formas de su cuerpo se apoyaban en mis manos, sentía emociones desconocidas, y el ritmo de la vida llegaba a mí con la intensidad y las alucinaciones de la fiebre;

mis largos sueños sobre el esplendor de los paisajes se obscurecieron, se llenaron de esplendores y de cadencias, de ondeamientos y de sombras, en los cuales aparecía, como

en un cuadro paradisíaco, ella, la Mujer, desnuda, como mis ojos no la habían visto aún;

mi pubertad se exaltaba como un delirio y mi virginidad me atormentaba como un dolor;

ya no tuve tiempo de pintar y de soñar;

mis pinceles y mis sueños fueron abandonados; el ideal candor de mi pasión por Amelia se obscureció y amándola aún, el instinto obscuro de mi animalidad seguía otra vía, muy lejos de mi amor puramente contemplativo;

y, seguía a mi prima por todas partes, como hipnotizado por la promesa de sus formas; era un desesperado de la carne;

Amelia no se quejó de este abandono, sus ojos puros se nublaban de lágrimas, sin que sus labios exhalaran una queja;

nuestras pláticas a la sombra de los rosales, se interrumpieron bruscamente; ya no soñábamos todas las tardes, las manos en las manos, viendo morir el sol en su púrpura insondable devorado por las sombras, como un sultán asesinado por un eunuco;

ella no dijo nada;

sólo mi madre inquieta me hizo observaciones;

mi conducta a sus ojos, era indelicada y era cruel;

yo me excusé con el deber de atender a mi prima, a quien ellos dejaban casi en el aislamiento;

por primera vez vi la frente de mi madre plegarse con severidad y sus ojos hacerse duros;

—Si yo hubiera sabido, no habría nunca dejado venir aquí, esa *mujer;*

tal calificativo en los labios de mi madre, semejante por lo imprevisto a una gota de veneno en una abeja, me dejó desconcertado, e intenté defender a mi prima;

sin dejarme concluir mi madre, alzando su mano, en actitud mitad suplicatoria, mitad autoritaria, me dijo mirándome en los ojos:

—Espero en ti, que nos ahorrarás una gran vergüenza y un gran dolor...

y, desapareció grave y augusta, en la indignación de sus afectos todos.

*

El reproche de mi madre me hirió hondamente; y la seguridad de merecerlo me entristeció casi hasta las lágrimas;

la sensualidad es triste, como la sentimentalidad que es su hermana;

y, mi sensualidad, que era toda de deseo, brumosa e imprecisa, me sumía en una melancolía vaga y dolorosa, una melancolía animal, que era viva y desgarradora como un tormento físico;

la lenta montada de todas las savias de la voluptuosidad, torturadora, torturando mi cuerpo joven, se sumía a veces en embriagueces deliciosas y difusas, soñadoras de caricias, y otras, en cóleras sordas y desesperadas, o en lasitudes cobardes, que me hacían maldecir la miseria de mi vida;

yo, no había gustado aún la alegría deliciosa y divina de la posesión material de un cuerpo amado, pero la presentía como la realización maravillosa de todos mis sueños, como el fin más alto y el complemento de la vida;

el sordo rumor de la lujuria todo lo ahogaba en mí;

mis labios tristes, cansados de las melodías amorosas y de los besos ácimos de la pureza, se tendían desesperados al gran beso definitivo, que debía conmover las partes más íntimas de mi sér;

y, mi tristeza se formaba, de la nostalgia irritante del placer y de la alegría sexual, que me faltaba;

este sufrimiento, como todos los sufrimientos, me hacía injusto;

la seriedad severa y reprobadora de mi madre, me exasperaba, terminando por hallarla inmerecida y dura;

la melancolía enigmática de Amelia, que se engrandecía, magnificada en la resignación y en el dolor, se me hacía ofensiva e insoportable; y no pudiendo ir contra sus que-

jas, iba contra su silencio, como contra un reproche;

todo lo que merodeaba, me parecía hostil y malo;

mi egoísmo desmesurado, culpaba los mismos seres que hería y me indignaba de que no se quejasen en su tortura;

el dominador sin entrañas y sin fibras que debía ser yo, aparecía de súbito con toda su brutalidad animal, en esta primera crisis de mi sensualidad desesperada, de fiera en rut;

confinado hasta entonces en mi soledad, mi docilidad aparente no era sino una forma de fuerza rendida ante la debilidad ambiente que me rodeaba;

mi obediencia no era sino indiferencia; pero frente a la primera resistencia real, todo mi temperamento de voluntad indomable, de egoísmo sin piedad, de rebelión tenaz, de dominio inabordable, no nacido para la obediencia, para la seducción y la ternura, se mostró de súbito, brotó impetuoso, como un torrente largo tiempo contenido por el peso de una roca;

y, me revolví furioso, contra todo lo que me aprisionaba, contra el respeto de mi madre y el amor de Amelia que eran a mis ojos, formas pesadas de esclavitud; y aun amando mucho aquellos dos seres, los hallé crueles y estorbosos a mi ventura inmediata;

pero, por sobre esta cólera, esta ingratitud, por sobre este deseo, que era un dolor, a veces la piedad, el reconocimiento, la ternura, tendían sus alas, como palomas místicas, sobre el incendio de mi corazón, y entonces buscaba con cariño desarmar la severidad de mi madre, ir a la conquista de sus besos perdidos;

el corazón materno, es inagotable de ternuras;

él es la fuente del Perdón; los labios sedientos de los hijos no se tienden nunca a él, sin ser desalterados;

mi madre, siempre triste se dejaba acariciar; cada beso suyo era un consejo; la piedad florecía en ellos como el rosal en una primavera; me imploraba la paz, pero no para su corazón, sino para el de Amelia asesinado;

sin exasperar mi carácter, que ella sabía violento, me hacía dulces reproches;

—Ella ha llorado aquí toda la noche, me decía;

y, yo ponía mis labios, y reclinaba mi cabeza enloquecida, allí donde ella había llorado;

la magia de las caricias maternas serenaba mi corazón atormentado, esclavo de la fiebre del deseo;

y, purificado por esas caricias, iba en busca de Amelia, queriendo consolarla;

me era casi imposible encontrarla; huía de mí, sin ostentación, sin ruido, como apartándose para dejarme la vía libre, la vía triunfal hacia mi delirio; se quitaba de mi vista, como si quisiese con su presincia apartar un remordimiento de mi corazón;

al fin, un día, la detuve bajo el emparrado que precedía al jardín;

confusos nos miramos el uno al otro, como dos resucitados;

toda la tristeza de nuestros corazones irradió en nuestros ojos, y los gritos del nau-

fragio de nuestras almas expiraron en nuestros labios, como en una playa desierta;

—Perdóname, le dije, estrechando su mano, que había aprisionado por la fuerza;

la miré en los ojos misteriosos, y la vi lejos, tan lejos, tan extraña, que sus palabras llegaron a mí, como un eco, cuando me dijo:

—Perdonarte; ¿de qué? tú me hiciste vivir un bello sueño; mi corazón vive aún de ese sueño desvanecido; no se muere de tristeza; no se puede nada sobre el corazón humano, no se puede nada sobre el destino; para un corazón lleno de infinito, la más alta aspiración es sacrificarse... yo no entristeceré más tu vida; yo no seré el obstáculo contra el cual se rompa tu ventura... deja mi corazón morir solo... la vida es irresponsable de los crímenes que aglomera sobre los seres; tú eres inocente, ¡oh, hermano mío!... hay un momento en la vida en que es necesario sufrir; deja sufrir mi corazón... deja morir mi corazón; hay almas que ya no quieren ser amadas... y, no pueden ser consoladas...

y, desapareció de mi lado, como una gran

sombra estremecida y su vestido blanco hizo en la penumbra el gesto lento de dos alas heridas que se escapan...

no pude detenerla, no supe detenerla;

a causa de la religión de la Verdad, que vive en mí no quise mentirla, no supe negarle;

y, sentí que una parte de mi vida, se iba con ella;

y, una emoción grandiosa y tierna que venía de todo mi pasado, subió hasta mi corazón sollozante, desesperado ante el gran grito de desolación que se alzaba en torno mío;

y, la inmensa esperanza de ser amado puramente murió en mi corazón;

silenciosamente, furiosamente, con un odio lúgubre, maldije las fuerzas poderosas de mi pasión, que nublaban así con su miseria los cielos inaccesibles de mis sueños;

y, desarmado ante la vida, inerme ante la ironía de las cosas, sentí que las lágrimas me ahogaban y las dejé correr suavemente, lentamente, purificadoras, como un consuelo ante la gran noche impenetrable!...

y, lloré a causa de mi corazón.

*

El alma de mi amor, lloraba en la penumbra, y el alma entera de mi deseo cantaba en la naturaleza;

la alegría serena y casta del Amor, no me bastaba, era el placer, lo que quería, era la alegría sexual, desbordante y tormentosa, la que llenaba a grandes gritos mi naturaleza despertada por la vida;

mi cuerpo, presa de las metamórfosis de la edad, se tendía como una llama a la emoción de lo infinito sexual;

el pájaro del Idilio ya no cantaba en el corazón sus melodías enamoradas; la bestia exasperada, el Instinto, lanzaba en lo más vibrante de mi sér su rugido formidable;

la obsesión de las carnes de mi prima, me perseguía como un íncubo trágico;

jamás se preocupó de su corazón, de lo que pudiera sentir por mí aquel espíritu frívolo y ardiente, aquella llama inconstante y turbadora que era mi prima;

nunca me incliné sobre el mar profundo y cambiante de sus pupilas, buscando una alma; no, era a su cuerpo, ingenuamente perverso y provocador, que me polarizaba por una atracción magnética, que iban todos mis deseos, todos mis sueños, con la fuerza ciega del instinto, hacia el gran gesto augusto de la universal fecundación;

y, ante los paisajes infinitos, llenos de sol, saturados de belleza, yo no pensaba sino en ella, en su cuerpo prodigioso, y en un arrebato continuo de mi sér hacia el suyo, no escuchaba sino la llamada del deseo, sonar en la soledad, como un rugido de fiera, que venía de las montañas lejanas, de los campos en fecundación, brillando como un incendio tras de las cimas dormidas, los abetos convulsionados y el horizonte verdáceo de las frondazones argentadas;

mi prima no era inocente; ella sabía de la pasión; y, se gozaba en despertar en mí la emotividad de los instintos, el rut de la más implacable bestialidad;

fingiendo tratarme como a un hermano, me atenaceaba con la inocencia fingida de sus libertades;

me echaba los brazos al cuello con cualquier pretexto, apoyaba en mí todo el peso de su cuerpo duro y vibrante y quedaba así, mirándome con un extraño fulgor felino en la mirada; ¡oh, su mirada, qué interrogaba y qué deseaba!

nunca olvidaré la vez primera que sus labios quemaron los míos;

había gente en el salón, y se jugaba juegos de sociedad; ella me pidió unos nardos; fuí al jardín para cogerlos; el campo parecía gemir aún bajo el azote de la lluvia, que acababa de pasar, ráfagas de hielo sacudían los grandes árboles, como paralizados en el silencio, en el gran misterio de los cielos velados;

los astros desaparecidos daban apenas una blancura difusa, obscurecida por nubes de-

formes, que semejaban archipiélagos de sombras, en un mar del polo; las grandes rosas vírgenes desfloradas por el huracán, extendidas en una ola deliciosa de blancuras, penetraban como una carne nubil, de efluvios deliciosos, el éter inconmensurable, absorto en la vigilia taciturna de los astros...

en el jardín solitario, no se escuchaba más ruido que el de los arbustos sacudidos por mi mano al arrancarles su corona de blancuras;

yo colocaba las flores sobre un banco, y estaba yo dispuesto a recogerlas para marcharme, cuando sentí un ruido en el ramaje y dos brazos enloquecidos me aprisionaron;

era mi prima; sus ojos fosforescentes brillaban en la sombra; su seno casi desnudo tocaba mi rostro, ahogándome de vértigo con el olor de sus carnes en tormenta, y sus labios carnudos me devoraban en un beso asesino y lento, como la lengua voluptuosa de una pantera joven lamiendo la sangre de una presa... ¿cuánto duramos así? yo no lo sé; un ruido muy leve en los arbustos inte-

rrumpió nuestro abrazo; ¿era el viento? ¿era un suspiro? ¿era una ave caída del ramaje?...

ella sin inmutarse, recogió los nardos y volvió al salón; yo quedé sobre el banco, tiritando, extraviado, presa de un acceso verdadero de fiebre;

yo, había probado un estremecimiento nuevo, que ya no olvidaré jamás; los labios de la mujer me habían tocado con beso de deseo y ellos me habían inoculado el ardor inextinguible de la carne;

el beso incompleto engrandecía hasta el paroxismo, mi exasperación sensual;

la voluptuosidad parecía levantarse no sólo en mí, de todos los objetos que me rodeaban, como una atmósfera... descendía de los cielos inmensos, se alzaba de las flores, cuchicheaba en los ramajes olorosos, murmuraba en los juncales del r.o, se inmovilizaba en el gesto taciturno de los árboles dormidos; y brotaba en el aire como un perfume y vestía los paisajes todos de un extraño colorido;

yo no veía ya en la naturaleza, violada por mi intelectualidad concupiscente, sino mu-

jeres desnudas, como grandes copos de nieve, sobre el verde y negro de las hojarascas del monte, y lechos de amor, reposorios de deseos, en todo sitio solitario y umbrío, donde mi adoración sexual gozaba en evocar las líneas entrevistas, de carnes luminosas y opulentas;

el perfume de mi prima, su perfume íntimo y pasional, sus senos de holocausto ofrecidos a mis besos, tan cerca de mis labios; sus ojos, como cantáridas del monte, brillando fosforescentes tan cerca de los míos, el roce de sus cabellos en tumulto, rozando mis mejillas como delgadas víboras eléctricas, el collar de sus brazos aprisionándome al cuello, como una enredadera de amor, y sus labios terribles, voraces, insaciables, mordiendo mis labios, torturándome la lengua, aspirando a devorarme; todo eso que formó nuestro único beso sensual dado hasta entonces, no se borró ya nunca de mi cerebro y fué la pesadilla de mis noches y el vértigo de mis días;

el beso, ese beso, es un veneno, y los labios que lo han probado, lo aspiran hasta morir;

el Deseo, Emperador de los Sentidos, me mandó caminar a la victoria... y fuí hacia ella...

. . . . . .

. . . . . .

era una tarde de canícula; el viento dormía como abrumado por el calor asfixiante que sumía todas las cosas en un reposo de marasmo;

la llanura inmóvil en su quietud extraña, parecía una mar muy lejana, de la cual no se percibiera la más tenue oscilación;

de los macizos florecidos se escapaba un olor de fecundación, efectuada a la sombra, por todas las cosas y todos los seres de la tierra... mi prima y yo rendidos de fatiga, nos habíamos apeado bajo un grupo de árboles, que formaban una cúpula espesa, sobre un torrente tranquilo; habíamos dejado nuestros caballos libres para que pudiesen pastar, y nos reposábamos así, tendidos sobre la hierba;

una inefable voluptuosidad surgía de la naturaleza toda, y ganaba nuestros cuerpos, lenta, grave, deliciosamente;

yo, había cerrado los ojos y fingía dormir, escuchando las aguas límpidas cantar en los guijarros y los insectos amarse entre las hojas caídas;

ella, tendida a lo largo, dejaba diseñar, bajo su traje de amazona, las formas fuertes de su cuerpo, terriblemente estremecidas, agitadas por un temblor nervioso; tenía los ojos entrecerrados, mirando el sol;

un rojo subido coloreaba sus mejillas y su frente, y de vez en cuando paseaba su lengua felina sobre sus labios resecos, para refrescarlos;

alzó la cabeza, cuyos cabellos en desorden cayeron como un jugo de vid, sobre la tierra ardida, apoyó la mejilla en el brazo y creyéndome dormido me devoró, larga, tenaz, golosamente, con la mirada... después, arrastrándose sobre la hierba, vino hasta colocarse cerca de mí, y en un salto se abalanzó encima, me aprisionó en sus brazos, y comenzó a devorarme a besos sonoros y rabiosos...

mi deseo exasperado surgió entonces, y fuí yo, quien la cubrió de besos enloquecidos y laceró sus senos con caricias crueles, y

la poseyó violenta, brutal, e incansablemente, en un vértigo enloquecido, en un verdadero frenesí de mi lujuria despierta...

ella gemía bajo mis brazos, feliz, delirante, extasiada, dando al sol el deslumbramiento de su cuerpo satinado, que tenía ondulaciones de serpiente y llenando el campo con los gritos roncos de su pasión animal desbordante y feroz;

y, quedamos así, enlazados, felices, en el estremecimiento absoluto de nuestra carne ebria de voluptuosidad, mientras las bestias inquietas husmeaban nuestro abrazo, la selva gemía dulcemente y los abetos contorsionados parecían grandes antorchas concupiscentes, prendidas en la llama del sol que se moría...

la música de las caricias llenó el campo;

y, sobre nuestras desnudeces delirantes, la noche extendió como una lluvia de pétalos su manto suave y tenebroso, lleno de sensualidades;

y, devoramos el infinito que duerme en el fondo de la voluptuosidad...

*

Ignorar es la sola condición de inmortalidad en el amor;

saber es morir;

el placer acelera la caducidad, que es el fondo del amor;

el corazón del placer tiene un sabor de muerte y de ceniza, como las manzanas rojas de la orilla de los lagos asfaltites;

nada es igual al dolor que se extrae de la ventura;

el despertar de la voluptuosidad es triste, como un cielo de crepúsculos de donde ha desaparecido el sol;

mi primera impresión, después de aquel encuentro definitivo con mi prima, fué de

un desencanto profundo, como un sentimiento de repulsión por ella;

yo, esperaba otra cosa del amor; ¿aquel segundo de epilepsia era todo?

rebelde al remordimiento, mi corazón, libre de los espantos del pecado, no sentía la náusea del placer, sino una desilusión, un vacío, como el gran rompimiento de un sueño en el cual se hubiesen acumulado todas las quimeras;

¿era eso el amor?

mi larga espera sollozaba su desencanto, ante el desvanecimiento de tantas cosas como había soñado en la hora misteriosa y creatriz del abrazo de los sexos, en el gran gesto apasionado y fecundador que expande la vida sobre el inmenso universo;

y, mi alma desengañada, se volvió tristemente hacia las cosas del amor puro, y volví a coronar de flores mi Ideal...

y, de mis labios mancillados brotaron de nuevo los cánticos apasionados de mi amor primero;

la figura de Amelia, pensativa, resignada, y dolorosa, volvió a alzarse ante mí, como la

imagen de mi ventura, en los horizontes de nuestras llanuras amadas, bajo las grandes nubes opalescentes, ornadas de silencio, entre la blancura húmeda de los nenúfares languidecientes, cerca a las aguas muertas, las aguas del dolor, las aguas de las lágrimas;

y, mi alma, y mi corazón se volvían hacia ella, con el fervor de un culto, con la desesperación de dos brazos tendidos hacia la costa, en una hora de naufragio;

todo mi amor resurgió violento, tenaz, invasor, como el fuego de un incendio que se creía extinto y estallara de súbito en llamaradas;

un gran soplo de ternura pasó en mi corazón, purificando mi pensamiento, barriendo mis últimas mancilladuras;

y, por un desdoblamiento de mi personalidad, yo veía como una cosa extraña, el fuego que me había consumido, brillar allá, muy lejos, sobre la colina fatal, como el incendio de una ruina en un horizonte muy lejano... y arrojaba mis recuerdos hacia allá, para que se quemaran, y desaparecieran en ese incendio de olvido;

como si el mismo hálito de purificación que clareaba mi alma, hubiese pasado sobre ellos, los campos volvieron a tener a mis ojos su misma ingenua poesía, sus mismos encantos, secretos y profundos, su misma íntima irrevelada belleza;

una inefable poesía se levantaba de esta naturaleza fresca y grandiosa, de las hierbas húmedas, de las aguas límpidas, de los juncales gráciles, las arboledas obscuras y los lejanos montes enigmáticos, como grandes bestias de piedra, de una mitología cambodyana;

ebria de lirismo y de ternura, toda mi alma tendía hacia su pasado, hacia mi idealidad abandonada, hacia mi amor tan puro, tan resignado, y tan esquivo;

¿Amelia se dió cuenta de ese regreso de mi alma hacia ella?

¿nada dijeron a su alma profunda, mis miradas furtivas y rendidas, llenas de una humilde y silenciosa imploración, más elocuente que todas las palabras con las cuales mi boca culpable podría romper los silencios graves y densos, en que el destino ha-

bía envuelto nuestros pensamientos y nuestros sueños?

la facultad adivinatoria del amor, que rarifica las ideas y hace como transparentes los sentimientos del sér amado, ¿había desaparecido, o se había atrofiado en ella, que no podía, o no quería comprender la angustia tierna, la adoración desolada, de que estaban impregnadas mis pupilas, la tristeza que se disolvía en una nube de llanto, más elocuente que todas las confesiones apasionadas, y más apasionada que una caricia lenta?

¿por qué continuaba en huirme como una obstinación dulce y apartada de mis ojos, como para dejarme sin luz, en el lúgubre paisaje de tinieblas en que mi alma caminaba hacia ella?

¿por qué su corazón permanecía cerrado a la piedad, cerrado como una flor sobre la cual ha llovido llanto, y que no quiere abrirse, a causa de las tristezas pasadas y de las venturas ofrecidas?

¿por qué volvía el rostro y apartaba los ojos de mi alma, que regresaba a ella lacerada, mendiga de ternura y le gritaba su naufra-

gio en la noche negra, y esperaba de sus ojos divinos el esplendor de la resurrección?

¿por qué?

¿el dolor, era más fuerte que el amor en aquella alma maltratada injustamente por la vida cruel, que laceraba sin curarlos los seres y las almas?

yo no lo sé, pero ella continuaba en alejarse de mí, en hacerme ver en sus palabras y en sus actos, que nuestras almas estaban lejanas, muy lejanas, separadas para siempre en el camino eterno del abandono;

y, yo probaba ante esta rehusa la emoción indefinible y terrificante de la soledad, del anonadamiento y de la muerte;

no ser amado ya;

he ahí lo que llena el alma de una sombra mayor que no haber sido amado nunca;

sentirse muerto en un corazón en que se ha vivido, es de todas las formas de la muerte más cruel;

la gravedad calmada y fraternal, la nobleza soberana y llena de atención que ponía ella en su alejamiento, me llenaba de mayor tristeza, me torturaba de mayores tor-

mentos que si ella hubiese puesto en despreciarme un átomo siquiera de cólera o de venganza;

pero no, su inefable belleza interior, no descomponía con la violencia los ritmos armoniosos de su espíritu, como su serenidad grandiosa no descomponía con el gesto rudo o violento, la euritmia maravillosa de su rostro;

nunca una palabra amarga, nunca una actitud descomedida, respecto a mí; la más atenta y dócil de las hermanas, podría apenas compararse a ella, en su trato lleno de grave afabilidad y de exquisita reserva;

siempre al lado de mi madre, más atareada que nunca en las faenas de la casa, impenetrable, en su sonrisa triste, que la envolvía como una aureola, pasaba cerca a mí sin detenerse nunca, sin verme casi, esquivando siempre fijar en los míos sus ojos consoladores, donde palpitaba para mí el reflejo de todas las esperanzas...

¿la magnificencia de su corazón estaba agotada a la mendicidad de mi dolor?

¡mi falta era pues irremediable!

y, he ahí que la idea de la muerte vino a mí como una gran consolación;

¿por qué no morir, cuando había muerto su inmortal sonrisa para mí?

la muerte no es dura sino por las cosas que se aman; es dura a causa de nuestro corazón;

ser olvidado es ser amortajado;

¿por qué empeñarse en vivir a despecho del olvido?

el duelo del corazón es más duro de llevar, que todos los duelos de la vida;

el espanto de un corazón amortajado de olvido, es la única verdad a que no se hatirúan los ojos del alma brutalmente celosa del horror;

la nada no existe para el corazón;

toda la Verdad está en el Dolor;

el Amor, es la miseria y la gloria de la vida;

¡oh, lumbre de la Noche!...

la inmensidad de nuestros corazones tiene necesidad de ser interrogada;

el corazón desgarrado pide ser consolado;

para debatirse, para consumirse, aun para morirse tiene necesidad de otro corazón;

el silencio hace mal al dolor, como una asfixia;

el dolor quiere ser revelado; es en la hora del desastre que se tiene necesidad de ese algo tierno, luminoso y profundo; un corazón; un corazón a quien decir a gritos el dolor; confiarse es prolongarse, esparcirse, vivir más allá de sí mismo, abrir su corazón a todos los vientos del consuelo, para evitar la muerte;

hay cierta voluptuosidad en la ostentación de la herida interior; la mirada ajena es como una caricia;

la sombra de otra alma inclinada sobre nuestro dolor, tiene siempre el ritmo y la forma de una grande esperanza compasiva; dejar de callar es dejar de morir; es necesario entregar su sueño a otros ojos que lo devoren;

el estremecimiento de otro sér es preciso a nuestro dolor, plegado miserablemente hacia la tierra;

¿quién sostendría el mío? ¿quién lo le-

vantaría? ¿qué voz gritaría en mi soledad? ¿a quién abrir mi corazón?

mi viejo Maestro despreciaba mucho el alma de la mujer, para comprender el dolor que viene de ella; *el alma de la mujer*, ¿es que él le concedía una? no parecía eso en la fórmula estrecha y brutal en que él encerraba su pensamiento; *tota mulier in utero*, era su credo;

el terrible y autoritario ideólogo, llevaba en su misoginia toda la candorosa ignorancia de la mujer, que caracteriza los hombres de alto espíritu; todo misógino ignora la mujer; son grandes niños desengañados, que hacen una teoría de su rencor, y niegan, para no ser vencidos por él, ese algo frágil, ondeante, dúctil y exquisito, que es una alma de mujer;

—La mujer, decía él, no es sino un sexo exasperado; el amor de ella no es sino el instinto; hecha para la procreación, todas las demás formas de la vida y del amor le son extrañas; ella no pide ser amada, sino ser poseída; el placer es la norma de su vida; el lecho es su trono y es su altar;

allí es nuestra soberana y nuestro dios; fuera del lecho la mujer es estorbosa y es odiosa; los chinos que le deforman los pies, no tienen sino una presciencia de la verdad; debieran cortárselos; la horizontal es la única posición apta a la mujer; la mujer puesta de pie es fatal; cada paso que da, en la vida, lo da hacia su perdición y hacia la de los demás; bajo sus plantas florece la tragedia y el dolor... es la sembradora del Mal, la devoradora de sueños; la enemiga de la Gloria;

yo, que sabía las teorías del Maestro a ese respecto, ¿cómo habría ido a consultarle penas de amor, que lo habrían hecho sonreir?

para los que ven en el amor, como luego he visto yo, un hecho puramente fisiológico ¿que valor pueden tener las penas del corazón y la sutil y complicada trama de la pasión sentimental?

una pasión pura y dolorosa como la mía, entonces, necesitaba una alma de pureza y de dolor a quien confiarse;

era un corazón, un gran corazón lo que pedía;

¿dónde estaba ese corazón?

yo lo tenía cerca a mí, al alcance de mis manos, de mis labios y de mi voz;

yo tenía allí un corazón sufriente, amoroso y lacerado, en el cual podía verter mi dolor como en una ánfora, y dejar caer mis palabras desesperadas que subían de la sombra de mi corazón;

¿no tenía yo una madre?

¿no estaba ella allí, mirándome con ojos de desolación, con su grande alma de ternura y de sinceridad, la palabra del consuelo pronta en su boca, simple y augusta?

¿a dónde iría yo que no fuera el corazón de mi madre?

su alma toda de amor y de simplicidad, había comprendido el regreso de la mía, a los senderos del bien, ese regreso tan ardientemente pedido, por ella, en sus plegarias, y tan candorosa, tan pacientemente esperado en su fe inagotable;

el alma de las madres no se engaña; la acuidad de su mirada, tiene algo del prodigio y del milagro;

se pueden engañar todas las mujeres; no se engaña nunca la madre; la mentira, ni está en ella, ni entra en ella; la verdad reside en ella, como el vértigo de amar; ella encarna y realiza en sí, todo el amor; de ahí su poder adivinatorio; sus ojos adivinan y sus labios profetizan; ¡ay! y sus palabras de divinidad son estériles; sólo su corazón es fecundo en el dolor!

consolar, suplicar y adorar a la carne de su carne; he ahí la madre;

la mía había comprendido mi angustia, la vacilación de esos días dolorosos, en que subía a mi corazón un hálito divino de pureza, y volvía a mis antiguos senderos de amor, como un convaleciente escapado al lecho y a la muerte; sus ojos habían perdido la triste severidad con que otras veces observaban los míos;

sobre sus labios como un arco-iris crepuscular, vagaba una sonrisa pálida, como hecha de tristezas desvanecidas y de esperanzas nacientes; y en su boca triste, se veía bien que la ternura aprisionaba los besos, que la ingratitud había hecho inmerecidos;

sus brazos se tendían hacia mi cuello, como alas de bendición, y sus manos diáfanas, como crisálidas de alabastros, habían ya diseñado sobre mi frente, suaves gestos de absolución y de caricia;

así aquella tarde, cuando llegué al ángulo del corredor, donde en un verdadero gabinete de verdura, hecho de parásitas y convólvulos, ella bordaba en compañía de Amelia, la más cariñosa sonrisa de bienvenida me acogió y su mano tendida me señaló el puesto más inmediato a ella; y yo me tendí en los cojines, casi a sus pies, mi cabeza en sus rodillas, como implorando una caricia que sus manos piadosas no tardaron en darme, penetrando como dos rayos de luna en la tiniebla de mis cabellos, que alisaron por un momento, con un cuidado lento y tierno;

y, después se pusieron al trabajo;

el rostro grave y delicado de mi madre se inclinaba sobre las telas obscuras, como para graduar la combinación de los matices y como dedos lentos sus manos largas y finas desmadejaban las sedas que corrían por ellos, como hilos multicolores en las irradiaciones

de un prisma; se diría que trenzaba con ellos, cabelleras de astros;

Amelia inclinaba su busto frágil y su rostro albo, como una flor de marfil y de oro, sobre la tela violeta en que trabajaba, y sus manos blancas parecían dos hermanas de la paloma mística, que sus dedos bordaban, sobre un corazón sangriento, encerrado en un cáliz áureo, que dos ángeles sostenían en un campo de lirios matistas;

viéndola así, tan triste, tan grave, sabiendo todo lo inexplicado que dormía en aquella resignación y gemía en aquel silencio que se exhalaba como un ritmo de sus labios herméticos y sus ojos inviolables de llanto y de secretos, vinieron a mi memoria los versos del Poeta.

A UNA GRAN MEDITABUNDA

quién leyera en tus silencios,
sobre tus labios plegados,
los dísticos amorosos
de los secretos guardados...

y, del llanto prisionero
en tus pupilas divinas,
quién pudiera interrogar
las lágrimas cristalinas...

——

como el reflejo de luna,
riela en un estanque helado,
en tu rostro misterioso,
vaga algo de irrevelado...

—Es un palio para la Iglesia, dijo mi madre, mostrándome el trabajo, ya bastante adelantado;

—El dibujo es de Amelia, déjaselo ver hija mía, pues que el entiende tanto de eso;

entre temerosa e involuntaria, ella quitó el papel de seda, que ocultaba la parte del dibujo aun inconcluso, y sin decir palabra, se hizo a un lado, para que yo pudiera verlo;

al inclinarme sobre la tela, mi brazo la tocó sin querer, y retrocedió, tan intensamente pálida, que pareció iba a desmayarse;

una angustia infinita amedrentó su rostro y no pudo responderme una palabra, cuando la felicité por la perfección del diseño; volvió a tender apresuradamente el papel y continuó en trabajar;

su rostro, de una emoción intensa, revelaba un verdadero dolor físico, un malestar inconfesable; todo el destrozo de su alma se veía en aquel instante de exaltación, casi de pavor, que la sacudía;

un silencio penoso nos envolvía; el agua de la fuente, interrumpía con su sonoridad límpida, aquella quietud, que el olor de los mirtos y las amapolas cercanos embalsamaba de amor;

las manos de mi madre y, las de Amelia proyectándose con gestos lentos sobre la tela obscura, semejaban un desplegamiento de alas en el crepúsculo; se diría un vuelo de mariposas blancas;

el silencio hacía más violenta la tensión de ánimo en Amelia, que pretextando un trabajo de repostería para esa noche, cubrió, su tela de bordar y se alejó no sin decir algo a mi madre, que sonrió con bondad;

viéndola alejarse sentí penetrar en mi corazón, toda la tristeza de las horas anteriores y que su sola presencia había bastado a disipar;

una inmensa sensación de olvido, de abandono, de soledad me invadió todo... la idea de lo irreparable me poseyó, ¡lo irreparable, que caía como un rayo sobre la tierna locura de mi corazón!

y, cerrando los ojos permanecí absorto, como lleno aún de su vaga presencia....

como esperando lo imposible, quedé fijo en las huellas de aquella sombra, desaparecida hacia ese infinito donde palpitaba la gran melancolía de mi corazón...

y, seguro de no ser todo entero sólo en mi dolor, seguro de ser alentado, consolado, salvado, volví mis ojos a los ojos santificados de mi madre, que yo sentía fijos en mí como una Providencia;

una intuición profunda de mi dolor entristecía los grandes ojos de esa madre, que oía gritar mi corazón en el silencio;

—Amas mucho, puesto que sufres mucho, ¡oh hijo mío!

—Sí, le dije yo con una voz desfalleciente, que era como una renuncia a la ventura, una llamada desesperada hacia la inútil esperanza;

ella se inclinó sobre mí, sobre mi frente tempestuosa y me besó en los ojos cerrados, apoyando dulcemente en ellos sus labios de perdón y santidad;

—¿Por qué desesperar hijo mío, si ella también te ama? ella te ama aun más, porque ha sufrido más; ¡la pobre niña! ha sido necesaria toda mi autoridad para obligarla a vivir; yo sabía bien que tú volverías a ella... ella, te perdonará;

—No, madre, no quiere perdonarme;

—¿Le has hablado?

—¿Cómo hablarle si huye de mí?

—Ella teme la sinceridad de su corazón, sabe que está desarmado ante tu amor; anhela y teme ser vencida; es necesario que la hables;

—Pero, ¿cómo?

—Eso no será difícil, pero, antes, es necesario que me jures que esa mujer (que de resto debe partir dentro de dos días), no

volverá a perturbarte, que tú no volverás a hacernos sufrir tanto; piénsalo bien, porque la crueldad de un nuevo engaño sería algo de irremisible y de fatal; sé fuerte hijo mío, y sobre todo sé noble; nadie, ni yo misma te perdonaría un nuevo engaño;

—Madre, madre, yo te lo juro.

no pude decir más, porque Amelia de regreso, entraba en ese momento;

apoyé mis labios en las manos que mi madre tenía cruzadas sobre mis rodillas, y ante la presencia de aquélla que era todo el amor, callé, con un silencio religioso, lleno de votos, que iban hacia la sombra que sitiaba mi corazón, que devoraba mi corazón, que se había hecho inmenso, como si fuesen dos corazones muertos en uno solo...

. . . . . .

. . . . . .

mi madre se puso trabajosamente de pie;

yo le ofrecí el brazo;

se apoyó suavemente en él, y poniendo la otra mano en el hombro de Amelia, comenzó a andar dentro los dos;

así salimos al jardín;

el cielo de un blanco perláceo, se extendía como una gasa tenue, anaranjada en las orlas por los últimos reflejos del sol, que se perdía en los horizontes como una oropéndola de cristal, batiendo alas demesuradas sobre los cielos sonoros;

los senderos del jardín, tibios aún por la caricia prolongada del sol, se tapizaban de hojas y de pétalos, que se arremolinaban en torbellinos de blancuras y átomos de luz;

la sombra solemne de los pinos, daba magnificencias de templos a las avenidas solitarias y rectas, que se prolongaban hasta el río, como escoltadas por grandes hileras de mirtos y de rosales en flor;

allá lejos, la presencia del valle, hacía una desgarradura en el follaje, formando un pórtico oro y azul, como un arco de lapizlázuli, en la magnificencia apoteósica del cielo;

marchábamos lentamente, vencidos por la tristeza de la hora, dulcemente conmovidos por la belleza melancólica de la tarde y la ternura dolorosa que se aposentaba en nuestros corazones;

el rostro de mi madre ennoblecido por la edad y por el sufrimiento, parecía más exangüe y tomaba tintes adamantinos en la penumbra de los árboles;

viéndola caminar así, penosamente, apoyada en la fragilidad de nuestras dos adolescencias, inclinando hacia ellas su cabeza blanca, que parecía una estrella, tuve una sensación desgarradora, como si ese noble nostro se tiñiera de un reflejo de muerte, y un inmenso movimiento de piedad, de remordimiento, y de amor se hizo en mi corazón;

estreché tan fuertemente su brazo, que ella volvió a mí su rostro angélico y sus ojos de piedad, y como para recompensarme, acariciando mi propio amor, pasó su mano augusta, por la cabeza blonda de Amelia, en una caricia suave, como de nieve que se descongelase en una cima de oro;

la niña alzó hacia ella sus grandes ojos llenos de ternuras y como temiendo por la fragilidad de aquel sér que tanto la amaba, le dijo dulcemente;

—¿No estáis cansada? sería mejor reposar un poco.

—Sí, dijo mi madre, dirigiéndose con nosotros al banco más cercano;

y, se sentó entre ambos;

la brisa fresca hacía ondulaciones, en la mar violeta del paisaje;

vuelos lentos, vuelos blancos interrumpían la armonía lila del horizonte, con el estremecimiento vago de alas que se recogen; sobre el amatista casi negro de las frondas dormidas, nubes de pájaros multicolores abatían el vuelo, fingiendo dibujos de oro y blanco, como trazados por la mano de una novicia, sobre la seda morada de una casulla episcopal;

magnolias enormes se abrían en la obscuridad ya engrandeciente del boscaje, haciendo con su blancura opulenta, como inmensos focos de luz, sobre el verdinegro inquietante de las hojas, y el misterio de la penumbra, emblanquecida a trechos por macizos de azucenas, que, como grandes copas de alabastros repletas de perfumes, saturaban la atmósfera, y por los grandes lirios acuáticos que a la orilla del arroyo, y sobre la

basca quieta y profunda, semejaban floraciones de cristal, en un miraje de luna;

por sobre los mirtos rojos, y los laureles rosados, trepaban los geranios en una irrupción de blancuras, que hacían un nimbo ideal a la cabeza de mi madre y Amelia, que las sacudían sonriendo para evitar la lluvia de pétalos, que rodaban por sus mejillas y sus cuellos, como caricias perfumadas, como besos blancos de almas de niños muertos, juguetonas en la sombra;

los grandes rosales pensativos nos rodeaban con sus blancuras discretas, con la belleza litúrgica de monjas en oración en la penumbra apacible de un coro crepuscular;

un hálito de paz, de quietud, de beatitud venía del paisaje obscuro, de los cielos lejanos y entraba en nuestras almas, como una evocación muda al amor y a la tranquilidad, como una llama imperativa a las grandes reconciliaciones del espíritu, a la renuncia definitiva de las emociones efímeras, de los sueños malsanos, de las agitaciones estériles de la vida;

el rostro de mi madre se hacía grave,

de una gravedad melancólica, sus ojos parecían impregnados de todas las tristezas de las campiñas dolientes y los brumosos horizontes lejanos, y su voz como pesada de emociones y de recuerdos, sonaba en la soledad con las notas pausadas de una sinfonía de arpas en el silencio... su busto, ya doblegado por la edad, se inclinaba sobre nosotros, con el cuello fino y la cabellera blanca, como un sauz de plata, sobre remansos dormidos;

como un estremecimiento de llama en la gran sombra imperante, como una antorcha pálida bajo una cúpula negra, el oro fluido y tierno de la cabellera de Amelia, lucía en la penumbra crepuscular como un halo de estrella, prisionero de las frondas; sus ojos, como vencidos por el llanto, húmedos aún de las lágrimas crecientes, eran como un jardín de desolación, donde floreciera el espanto de la vida en el dintel de la inexorable noche, y como frenéticos de tinieblas de eternidad, se fijaban grandes y abiertos en el inmenso cielo, con miradas voraces de misterio, devoradoras de la insondable Nada...

y, sus párpados se cerraban lentamente, con la nostalgia de vésperos agonizantes; la noche moral nos envolvía más densamente que la noche firmamental, en cuyo seno luminoso, se perdían nuestros estériles sollozos;

y, niños tristes, desheredados de ventura, nos estrechábamos contra la madre, de cuyo corazón profundo, inagotable, esperábamos ver surgir el consuelo, como un rosal generoso de rosas de encantamientos;

y dóciles a la esperanza, callábamos, en el gran estremecimiento de amor, que venía del aire calmado, de los cielos graves y taciturnos hasta nuestros corazones cargados de tristezas...

mi madre se puso de pie, apoyándose en nuestros hombros, y dijo con voz de inflexiones, suave pero acentuada con un tono de autoridad, que era casi una orden:

—Esperadme aquí; yo vuelvo pronto.

Amelia, desconcertada, como si no hubiese comprendido, se puso de pie, para seguisla;

—No, espérame aquí, le repitió mi madre; y se alejó;

la niña quedó como hebetada, viéndola partir, los brazos inermes, caídos a lo largo sobre la túnica blanca, el manto azul, a medias, desprendido de los hombros, la cabeza baja, en un gesto de verdadera angustia y de terror;

ambos quedamos fijos viendo alejarse lentamente la silueta negra en la arboleda obscura;

cuando hubo desaparecido por completo, Amelia se dejó caer sentada sobre el banco, recogió su abrigo y cruzó las manos bajo él, en la más triste actitud de desolada resignación;

entonces me acerqué a ella;

—¿Tienes miedo? le dije; ¿te disgusta quedar sola conmigo? tienes razón de odiarme; yo soy indigno de tu amor; pero yo quiero hablarte, quiero decirte todo lo que he sufrido, todo lo que he llorado, desde que me he visto nidigno de tu amor; ¿quieres oirme?

ella no respondía, fijando sus grandes ojos de estupor en los cielos constelados, como si escuchase cantar en su alma el sortilegio de las estrellas;

—Tu silencio indica todo tu desprecio, añadí yo, comprendo bien que he muerto en tu corazón; pero yo necesito decirte que tú vives en el mío, que yo no amo y no he amado sino a ti, que tú sola eres mi vida y mi pasión, eso necesitaba gritarte, eso necesitaba decirte, antes de morir o desaparecer;

su rostro hermético, sus ojos profundos e inmóviles, se volvieron a mí con un gesto de alucinada, y su voz grave murmuró, como repitiendo una palabra que respondiese a un sueño suyo;

—Morir... Morir... ¿es que se puede morir cuando se quiere? el corazón amante es corazón cobarde; no se muere de su amor; se muere con su amor; es cuando se ha dejado de amar que se deja de vivir; corazón que ama vive siempre; la muerte no tiene imperio sobre el amor; es cuando muere el amor, que el alma debe morir; ¡ah, vivir por el amor, sin él!... tú no sabes lo que es ese suplicio... tú no lo sabes...

dijo, y volvió a mirar el cielo fulgurante, sobre el cual para mí se habían abolido todos los astros;

—Amelia, le grité yo; mi amor, mi vida, por gracia, oye toda la verdad; yo he estado loco, yo he estado fuera de mí, ha sido un vértigo; todo ha pasado; yo vuelvo a ti, más rendido que nunca, más amante que jamás; no me rechaces; no me expulses de ti; déjame amar tu corazón; si no me amas ya, déjame amarte;

ella había cerrado los ojos, pálida como una muerta, exangües y convulsos los labios enigmáticos, apretadas contra el corazón las manos temblorosas y heladas;

—¡Dios mío! ¡Dios mío! dijo, poniéndose de pie como para huir;

—Amelia por piedad, volví a gritarle arrastrándome de rodillas hasta tomarla por una de sus manos que me comunicó su frío mortal;

prisionera así volvió a caer sobre el banco, ocultó su cabeza entre las manos, y sacudida por una tempestad de sollozos, comenzó a llorar margamente;

viéndola conmovida, la adiviné vencida;

—Amor mío, la dije, descubriendo su ros-

tro, que brilló a mis ojos, como una rosa triste, ultrajada por la escarcha;

—Déjame, dijo ella; ten compasión de mí; ¿qué quieres de mi corazón? él te ha dado todo lo que era suyo; ¿por qué quieres torturarlo aún? déjalo agonizar solo y vencido; él no te pide amor sino respeto; respeta mi corazón...

—No hables así, amor de mi alma; no hables así; tus palabras me castigan y gimo bajo tus palabras; ¿qué quiero de tu corazón? quiero vivir en él.

—Siempre has vivido en él.

—¿Siempre?

—Siempre, y es a causa de vivir en él, que lo has matado; es de tu vida que él se muere; muere de tu ventura; eso es amor;

—Si me has amado siempre, si aun me amas, ¿por qué no me perdonas?

—¿Perdonarte? ¿y de qué? ¿no era tuyo mi corazón? yo no he de preguntarte qué hiciste de él; si lo rompiste bajo tus plantas, bendito sea los pies que despedazaron mi corazón; yo los beso, yo los adoro en silencio; el dolor es la única voluptuosidad

sagrada en el amor; es la única que lo aviva y no lo mata; sufrir, sufrir, he ahí el grito de gozo en el amor; morir, morir, morir, he ahí su grito de victoria; el amor es un esclavo que besa al león que lo devora;

amor que no sufre no es amor, amor que no perdona no es amor, dijo extendiéndome sus dos manos blancas, que parecían dos alas de nieve;

—Gracias, ¡oh, mi Adorada! dije llevando a mis labios los dos copos de eucarística blancura; gracias, yo seré digno del Amor y digno del Perdón;

—Así sea, dijo mi madre, apareciendo entre nosotros, inesperada y silenciosa, como una sombra;

nuestros brazos le hicieron un collar y nos abrazamos los tres;

ella se sentó y atrayéndonos sobre su corazón, nos reclinó sobre su seno;

y, luego, amorosamente, dolorosamente, besó nuestras cabezas tristes, de niños inclinados en la sombra;

y, aquellos besos en delirio, flores de des-

posorios, eran como un collar de aurora, que unía nuestras almas para siempre;

volviendo a la casa, en una trinidad radiosa, estremecidos de ventura, por un sendero de rosas de alegría, bajo el cielo clemente, donde las estrellas fingían ramilletes de azahares y sobre las cimas lejanas, grandes claridades prendían gasas flotantes como inmensos velos nupciales;

los rosales semejaban, en la blancura inmaculada, una procesión de vírgenes en marcha hacia un altar de desposada;

el jardín era como un templo inmenso donde las flores, en holocausto, se consumían ante altares invisibles;

y, el bosque era una procesión de estrofas;

y, la noche una lira epitalámica;

y, cantaba el Cantar de los Cantares...

*

¡Como después de tanto tiempo mi corazón ha suspirado hacia el encanto de esa hora!...

hora en que fuí sincero, hora en que fuí puro, hora en que mi corazón sintió la plenitud de la ventura, en la plenitud de los amores que no mueren;

la comida fué alegre como hacía tiempos que no lo era en la mesa nuestra;

mi madre estaba radiosa, Amelia sonreía, mi prima hablaba de su próxima partida, con una satisfacción sincera, y charlaba de todo, con una volubilidad de pájaro;

después del café, ellas se dirigieron a la sala, donde no tardó en oirse el piano *gritar* bajo los dedos de mi prima, y yo me retiré

al ángulo del corredor que daba sobre el jardín, y acodado en la baranda, pude gozar al fin solo con mi felicidad;

y, evocadas por el recuerdo las escenas de aquella tarde, surgían más vivas, más dulces, más tiernas aún que lo fueron bajo la sombra cómplice de los rosales en flor;

y, me absorbí, en el recuerdo de esa emoción dolorosa y grata a la vez, con el placer triste de torturarme en las reminiscencias penosas, y, a la alegría, inconmensurable de mi victoria, la victoria que me aseguraba para siempre la posesión del corazón amado;

después de haber sufrido tanto, un deseo loco de ventura, de tranquilidad, de egoísta quietud me poseyó, y, pensé con un placer enorme en el viaje de mi prima que volvía a dejarnos sin testigos extraños, en la apacibilidad de nuestras almas tristes, tan misteriosamente enamoradas de la soledad, tan extrañamente místicas, en la contemplación de nuestro amor ideal;

y, yo, el intelectual buscador de la emoción nueva, el enamorado de la quimera, el analista de los sentimientos, el sembrador de

paradojas, capitulaba ante la realidad de la vida, ante la perspectiva de ser amado puramente, santamente, en los muros del hogar secular, así como lo habían sido mis abuelos, los graves y fuertes analfabetos que dormían allá tras el muro blanco del camposanto, más allá del río obscuro, lleno de pérfidos abismos;

el silencio lúgubre que venía del Campo, se armonizaba con el cielo, que se había hecho negro, difuso, con resplandores rojos, como el campo de una gran carnicería;

¿cuánto tiempo estuve así, inerme, descuidado, feliz, en presencia de la fatalidad que me acechaba?

yo no lo sé;

un ruido muy ligero me sacó de mi ensimismamiento; cuando alcé la cara, mi prima estaba delante de mí;

sin darme tiempo para interrogarla siquiera, me tomó las dos manos en las suyas, y me dijo casi insuflándome su aliento en los labios:

—Yo parto mañana en la tarde; quiero

TAYLOR INST.
OXF

que nos veamos a solas; te espero esta noche en mi cuarto;

¿quieres?

—No, acercando casi hasta tocar mi rostro, el abismo rojo y negro de sus labios y de sus ojos, me dijo dulcemente:

—Ven.

—No.

—Entonces yo iré al tuyo.

y, atrayéndome violentamente hacia ella, me devoró con uno de esos largos besos asesinos que daban el vértigo;

yo, la rechacé violentamente, casi al mismo tiempo que mi madre y Amelia aparecían en el otro extremo del corredor, retirándose a su departamento;

tuve deseos de llamarlas, de decirles todo, y gritar a la cara de mi prima su vergüenza; pero desaparecieron prontamente, y cuando volví a mirar, esta había desaparecido también;

lleno de una cólera sorda y violenta, me retiré a mi aposento;

y allí, como si hubiese surgido del suelo, una inmensa flor roja, como una gran copa

de sexualidad, el recuerdo del beso, de aquel beso dado en la sombra, vino a perseguirme;

ante la visión de la boca lasciva y fatal, provocadora de mortales alegrías, ánfora de besos infames y perversos; de los senos mórbidos que mis manos habían aprisionado y mis labios habían acariciado hasta querer devorar el rojo de sus botones erectos;

y, sus carnes gloriosas, cegadoras de blancuras, que mis manos habían palpado curiosas y voraces, y habían torturado, enloquecidas en los espasmos del placer supremo, apareció en mí el pobre sér de carne y de placer, la bestia dócil al olor de la hembra, el animal de amor orgulloso y despreciable que es el hombre, arrastrándose en el fango del instinto y extendiendo sus brazos en gesto inútil y desesperado, hacía idealidades de pureza, cielos vacíos en que no cree;

toda mi debilidad, toda mi decadencia moral, apareció en la intensidad del deseo, de ese deseo mórbido y desesperado que se apoderó de mí;

sí, deseé a aquella mujer, la deseé con la lo-

cura criminal que ella había prendido en mi sangre con su beso asesino, su beso evocador de desnudeces magníficas y de salvaje impudor con que gimió en mis brazos, cuando estremecida de placer, llenó la selva con los gritos inarticulados de su lujuria de leona;

y, mi ventura, mi pobre ventura, tan penosamente reconquistada, temblaba como una flor bajo el huracán, ante esa nueva tempestad de deseos, que amenazaba dar en tierra con ella;

mi sensualidad exasperada por la abstinencia reciente, y la imposibilidad de violar mis juramentos frescos aún, me sumía en un vértigo de dolor, en visiones de obscenidad, que mancillaban mi alma, la azul pureza de mi pensamiento, reconquistado para el bien;

y, una tristeza profunda, me invadía ante esta abyección de mis pensamientos, ante esta floración de abominaciones que surgían en mi cerebro, ahogándolo todo, botándolo todo, no dejando en mis tinieblas, sino la flor del sexo iluminando el cielo como un sol;

y, me debatía contra los pensamientos obsesionantes, contra los gritos de mi carne y las llamadas solicitadoras que de los más íntimos rincones de mi sér, surgían llamándome para la deslealtad y para el vicio, y el perfume del pecado, saturando la atmósfera, como un incienso que ardiera en la memoria, me turbaba hasta la locura y mis labios inconscientes repetían las letanías de la lujuria, mientras mis manos y mis dedos como tendidos a un rosal de perdición se alargaban, buscando los senos rígidos, los ocultos tesoros, que una vez me habían sido revelados, en la comunión augusta de los sexos;

¿dónde buscar fuerza para mí, pobre sér de amor torturado por el instinto, pronto a sucumbir bajo la ley inexorable de la especie?

—No, no iré, decía yo;

y, como para buscar una áncora que me salvara en aquel naufragio de todas mis fuerzas, me postraba ante el retrato de mi madre, lo besaba con amor, besaba el retrato

de Amelia, y ante estas dos santas, hostias de abnegación y de pureza, buscaba olvidar aquella mágica flor de carne, aquella hostia de perversidad y de concupiscencia, que irradiando en las tinieblas, me ofrecía sus labios abiertos como un abismo...

aquel contacto de pureza me serenaba, palabras de amor brotaban de mi corazón hasta mis labios, como un cántico del triunfo, de la puréza y del amor;

mis ojos ardidos de visiones, tuvieron lágrimas de paz y de serenidad; mis brazos tendidos a la flor maldita del pecado, se plegaron dóciles sobre mi pecho, como para proteger mi corazón; mis labios convulsos se cerraron como sellados por un beso invisible, y cual si ese beso hubiese sido el de mi madre, disipador de todas las tormentas, me dormí tranquilo, como un náufrago en la playa, después de la borrasca...

. . . . . .

había dormido apenas una hora, cuando me desperté por un ruido insólito cerca de mi lecho;

intenté incorporarme y me sentí aprisio-

nado por dos brazos, y atraído contra un cuerpo desnudo y palpitante, y devorado por besos ardientes que sellaban en mi boca, todo grito;

era mi prima;

yo, no supe resistir...

¿fuí culpable?

¿lo fué el instinto?

el efluvio de la carne me cegó, y ebrios de voluptuosidad, aguijoneados por la seguridad de la ausencia próxima, nos amamos con avidez, con desenfreno, como si nuestros labios voraces y nuestros cuerpos insatisfechos quisieran consumirse y morir, en el abandono total de nuestras carnes exacerbadas, en el delirio desmesurado de los besos, en la plenitud estremecida de la gran gloria carnal...

. . . . . .

. . . . . .

rendidos, fatigados, vencidos por el goce desmesurado, irreflexivo y loco de nuestros cuerpos, nos dormimos al fin rendidos, el uno contra el otro, en la actitud enamorada de un dulce, irremediable vencimiento;

de súbito, nos despertamos ambos, obedeciendo a la misma impresión;

—¿No has sentido? alguien ha hecho luz con un fósforo, aquí cerca a nosotros, dijo ella;

—Sí.

—¿Quién será?

heridos de terror ambos guardamos silencio y a medias levantados en el lecho, mirábamos aterrados en la sombra;...

sentimos claramente pasos en la habitación, y luego vimos una sombra blanca que entreabrió la puerta que daba al patio, y desapareció con precipitación;

—Es Amelia, ¿la has visto? dijo mi prima temblando;

—Sí.

a medio vestir, lleno de angustia y de pavor, salté del lecho y me precipité a fuera;

la forma blanca, había atravesado el patio, y se dirigía hacia el jardín;

—Amelia, le dije, porque la había conocido bien, en un momento en que la claridad astral, la iluminó al salir de un grupo de arbustos;

al sentirse llamada precipitó el paso, abrió la puerta del jardín y la cerró por dentro;

—Amelia, grité yo entonces, seguro del horror de su resolución;

y, me precipité contra la reja... estaba cerrada;

la niña corría desesperada por la Avenida negra de sombra;

Amelia, Amelia, gritaba yo, sacudiendo la reja fatal;

ayudado por un sirviente acudido a mis gritos, escalé la reja, y me lancé en seguimiento de aquella forma blanca, que ya se perdía allá, muy lejos, cerca al claro de la playa, donde adusto, extendía el lago la negrura impenetrable de sus aguas;

—Amelia, Amelia, gritaba en la soledad;

y, era una carrera vertiginosa de los dos hacia la muerte...

llegada a la orilla del lago, se detuvo un momento, volvió a mirar, y al oir mi grito y ver que iba en su seguimiento, abrió sus brazos, como dos alas enormes, para precipitarse en las aguas;

alcancé a detenerla;

la así fuertemente por los vestidos y, la traje hacia mí, se desmayó en mis brazos, y, su cabeza se dobló sobre mi hombro, como una margarita tronchada;

mi padre y, mi madre, que habían sido despertados por los gritos, llegaron entonces, seguidos de gentes del servicio;

mi prima casi desnuda, los seguía, sonriente, feliz de incitar con su semidesnudez, la lascivia de los criados;

mi padre, que lo había comprendido, si no lo había visto todo, llegó hasta mí, trémulo de ira, y, me arrebató el cuerpo inánime de Amelia...

quise disputárselo, y, me empujó tan violentamente, que perdiendo el equilibrio, caí al lago, y desaparecí bajo sus ondas negras...

Salvado por un criado que me seguía nadando, fuí traído a casa, casi en estado de muerte;

cuando después de veinticuatro horas de un marasmo mortal abrí los ojos en mi lecho, mi madre silenciosa velaba cerca de mí;

una bruma había en mi cerebro, que velaba en él, la realidad de las cosas;

de esa bruma tardaba aún en desprenderse el recuerdo trágico;

poco a poco, por una lenta asociación de ideas, reconstruí el hecho, y como un abismo a la luz de un relámpago, el paisaje y la

escena de horror brotaron en mi cerebro con una fidelidad aterradora;

—Y, ¿ella? ¿ella? grité yo, incorporándome en el lecho, y clavando en mi madre mis ojos, mis inmensos ojos de febricitante;

ésta, puso su dedo en los labios, imponiéndome silencio;

—Cállate, no te agites, eso podría serte fatal;

miré a mi madre asombrado;

en pocas horas había envejecido diez años;

en la dulzura de su rostro el dolor había hecho verdaderos destrozos; una nube de aflicción lo envolvía como en un sudario anticipado; sus labios exangües tenían un pliegue de tristeza tan profunda, tal gesto de laxitud desesperada, que invitaban a llorar; el gran dolor que revelaban sus ojos tiernos y profundos, era acentuado por las huellas candentes que el llanto había impreso en los párpados y en los surcos rugosos de las mejillas, de tal manera enflaquecidas que acusaban toda la osatura del rostro demacrado y noble;

la lividez se acusaba más que todo en la frente amplia, que podía competir con el blanco niquelado de los cabellos, que caían sobre las sienes como dos alas de ánades sobre una cabeza de Niobe;

su busto se encorvaba prematuro; su paso era lento, y como si hubiese cegado de repente, sus manos temblorosas y torpes no acertaban con los frascos de la pequeña farmacia familiar, aglomerados en la cómoda cercana;

pero, aun más que en lo físico, era en lo moral, que se veía su inevitable vencimiento;

la sensación de aquel dolor penetró neta en mi corazón, con una vivacidad real y profunda;

—Mamá, mamá querida, le grité tendiéndole los brazos;

ella hizo el mismo gesto de silencio, y vino a mí, lenta y grave, y me cubrió de nuevo y me tocó en la frente, ordenándome dormir;

—¿Y, ella, ella? volví a gritarle yo desesperado;

siempre con el dedo en los labios, me mostró con la otra mano el aposento vecino;

—¿Duerme?

—Sí.

y, como si mi corazón que sólo pedía ser apaciguado no quisiese más, me replegué en el silencio, y rendido por la emoción, entré de nuevo en los limbos de la fiebre...

*

Era la víspera de mi partida definitiva; mi padre había ordenado que partiera inmediatamente, a continuar mis estudios en Europa; para ahorrarle dolores se ocultaba a mi madre mi partida; debíamos decir, que íbamos a la ciudad, y de allí partir, para el viaje inmisericorde; la idea de partir sin ver a mi madre, me había hecho velar toda la noche en una verdadera crisis de delirio y de lágrimas;

la estancia silenciosa me parecía prolongarse extrañamente, enormemente, más allá de toda realdiad;

la débil luz de una lámpara de aceite,

que ardía al pie de una imagen de la virgen, comunicaba al aposento una luz difusa, que más bien engrandecía la sombra, espesándola hacia los ángulos remotos, donde dormían formas invisibles, dando a las cosas contornos fantasmales, comunicando a los pequeños objetos una movilidad extraña, que los hacía aparecer como desprendidos de su centro, moviéndose y danzando en una capa viva de mercurio;

con las intermitencias y chisporroteos de la exigua luminaria, la sombra, por intervalos se hacía completa y al reaparecer había como una danza macabra de todos los objetos, que parecían surgir, borrarse y desaparecer oscilante en la penumbra;

la imagen piadosa, con su corona cerrada, su manto áureo, tomaba a veces la forma de una mariposa enorme clavada sobre el muro, y las cabezas rubias circuidas de alas, que en forma de ángeles circundaban el retablo, semejaban insectos luminosos, con las antenas clavadas en una hopalanda negra;

una rosa blanca, que en un vaso rojo se

consumía al pie de la imagen, al rayo de la luz amarillenta se hacía lívida y entre sus pétalos se vaciaban huecos de sombra, que le daban la representación y el horror de una calavera de mono;

a través de los vidrios de la ventana, los árboles del jardín y las enredaderas del muro, parecían brazos de esqueletos que treparan hasta allí para mirarme;

una angustia, un horror creciente, se apoderaron de mí; la soledad me enloquecía...

salté del lecho, rígido, y envuelto en mi larga camisa blanca, y avancé casi a tientas por el aposento obscuro;

iba resuelto a ver a mi madre, a besar a mi madre, a decir adiós a mi madre, llegué a la puerta de la alcoba y la empujé;

una sombra, una gran sombra formidable, se alzó ante mí, par barrerme el camino, y, la mano ruda de mi padre, empujándome vigorosamente me echó fuera, cerrándome la puerta con violencia;

caí de espaldas, aterrado y enloquecido;

me incorporé de nuevo, y andando de ro-

dillas, me acerqué a la puerta cerrada e intenté mirar por los intersticios luminosos, llamando a mi madre;

la oía hablar y sollozar adentro;

de rodillas, las manos contra la puerta, apoyada en ellas la frente calenturienta expulsado por la violencia paternal, de aquel aposento que profanaba con mi presencia, lloré amarga, desesperadamente, y rogué por aquella que quedaba allí, por ella la santa, la mártir, la Bien-Amada, la gran taciturna, atropellada por la vida, que deseaba tal vez como yo plegar sus grandes alas en el seno de la muerte;

un tiempo inabarcable, un tiempo sin medida, imposible, inconmensurable, transcurrió en mi alma, ante aquella puerta de desolación y de justicia, tras de la cual una pobre mujer, eterrorizada, tendía los brazos a su hijo que iba a partir sin darle su último beso;

mi cuerpo todo temblaba como mi corazón, desamparado en el fondo del dolor;

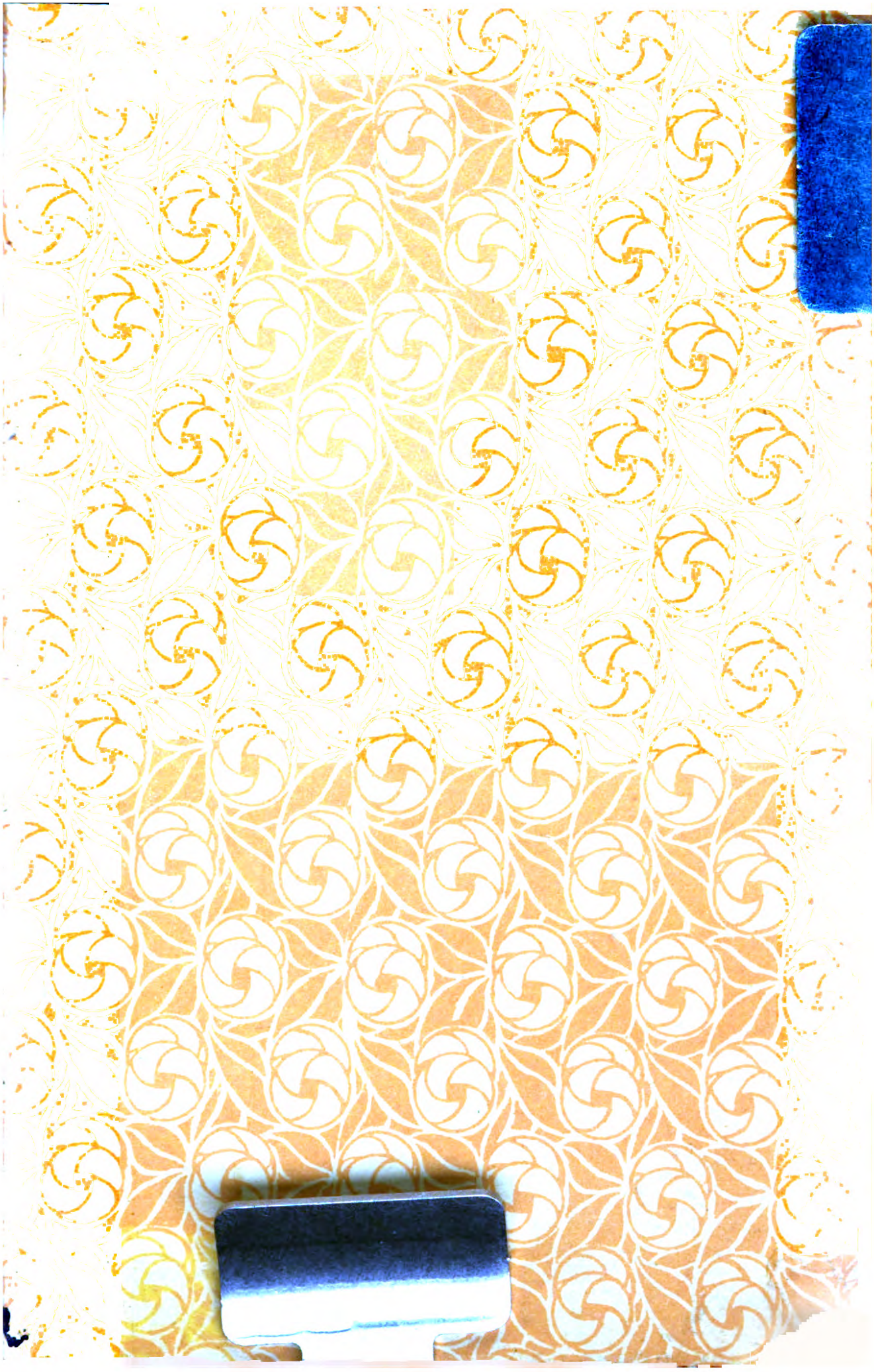
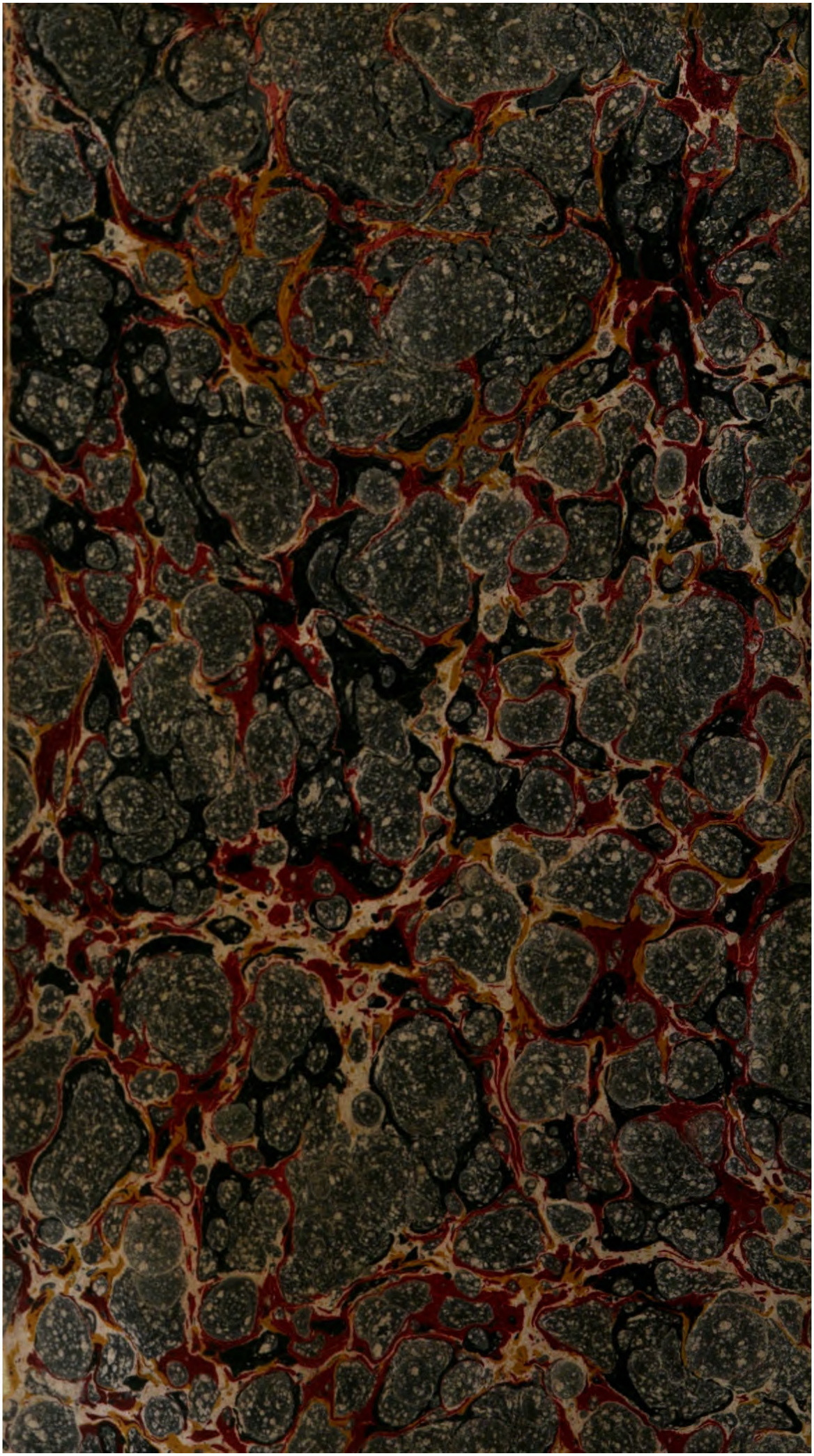
quise gritar y me faltó la voz; mis ojos ya no vieron, mis oídos no oyeron, mi ca-

beza pálida tendida a la esperanza, se dobló sobre los hombros y caí al suelo inerte, ante la puerta inexorable gritando: ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

y, mi grito se perdió en la noche sin corazón, inexorable como la Vida.

Niza Italia, 1917

FIN

Sousa & Almeida
23.1.91

902970